

CAPITULO V

ACECHÁNDOLOS EN FOIX

5.1

Fue un alivio ver clarear después de una noche especialmente desagradable en la que la humedad, que todo lo penetraba, consiguió que casi nadie pegara ojo.

La disimulada y tímida fogatilla que mantuvieron encendida, no había logrado para nada secar los perpuntes, así que esperaron un poco antes de vestírselos. No quedaban apenas nubes y el Sol no tardó en calentar.

El Mariscal quiso que tomasen su desayuno especial para reponer energías, la “sopa” de pan y vino. Y con él terminaron las últimas hogazas de calidad que les restaban, según informó Geubert, y tampoco iban muy sobrados de canela y miel. A los animales se les dejó pastar a sus anchas, hierba y agua no faltaban.

La salida se retrasó hasta la hora tercia, tras enfundarse cada guerrero su acolchado gambax, todavía chorreando, y vestirse encima la cota de malla. Debían estar listos para combatir en cualquier momento, pues la proximidad de la ciudad hacía probable el encuentro con alguna partida de combatientes rezagados pertenecientes a la mesnada del Conde de Foix, en ese momento acampada ante Muret.

El camino estaba aún enfangado, pero más practicable que la víspera. Avanzaron por él sin descanso a lo largo de toda la mañana cruzándose cada vez con mayor número de aldeanos. Unos circulaban también por el camino, otros trabajaban sus huertos y campos o pastoreaban. La actividad económica parecía normal, quizá por haberse librado aquel año la comarca del castigo de la guerra. Sus campos y villas no fueron saqueados, aunque bien es cierto que gran parte de los hombres jóvenes había partido en pos de su Conde a la convocatoria del Rey de Aragón.

La cabalgada a pleno Sol estaba logrando secar los perpuntes y otra vez hacía pasar calor a los guerreros, a pesar de llevar estos las cabezas libres del yelmo, capucha de mallas y cofia, y tan sólo cubierta por sus sombreros de paja o fieltro.

La mayor concurrencia de lugareños iba tensando los nervios de los cruzados al tiempo que una agobiante incertidumbre por su futuro empezaba a anidar en sus corazones. ¿Tendría Ferdinand algún plan en mente?

Éste, que no soltaba prenda, llegado un momento optó por apartarles del camino principal aprovechando una vereda que se bifurcaba hacia la izquierda y parecía rodear la gran colina que tenían a su frente. La nueva vía ganaba altura poco a poco, pero el monte, que ahora quedaba a su derecha, les impedía ver el valle donde confluían los ríos Ariège y Arget y se alzaban la villa de Foix y el castillo del Conde.

El capitán no paraba de mirar a izquierda y derecha, y con detenimiento especial las diversas granjas que encontraban en su avance, mientras rumiaba mentalmente su decisión. Aquella gran loma tenía que ser Saint Sauveur, por lo tanto, mirando desde su cresta la otra vertiente, dispondrían de una visión panorámica de la ciudad, pero lo primero era encontrar un lugar adecuado donde esconderse. Algunos de los caseríos situados cerca del camino se componían de varias construcciones lo suficientemente grandes como para dar cobijo a los cruzados y a su numeroso grupo de monturas.

La patrulla, que ahora marchaba al trote, como si tuviese prisa en rebasar la comarca para ponerse a salvo, pasó de largo ante todas aquellas granjas, pero su jefe ya había elegido una donde poder guarecerse. No obstante, siguieron cabalgando hasta llegar a un chaparral lo suficientemente espeso como para no ser vistos, y allí se ocultaron.

Sobre la hora nona, hombres y bestias estaban ya descansando, un tanto incómodos a causa de la fragosidad del contorno, pero bien resguardados en su escondite. Y tras la imprescindible

bendición del capellán, se procedió al reparto del almuerzo. Ahora la base era pan negro que acompañaron con tocino salado y las reiteradas cebollas, que por fortuna para algunos, quizás los de olfato más sensible, empezaban a escasear. Y, ¿cómo no?, tampoco faltó su ración de vino, ni las manzanas que les endulzasen un poco sus castigados paladares.

La gente, apaciblemente sentada a la sombra y aflojadas las armaduras aquellos que las portaban, se recuperaba de la agotadora marcha de más de seis horas, al tiempo que comía y bebía. Más agotados aún, a pesar de los relevos, estaban los animales, pero libres de sus sillas, cargas y arneses, disfrutaban del agua fresca de un manantial y pacían, prudentemente atados, tras haber devorado ya la ración extraordinaria de grano en sus morrales, la abundante hierba del suelo.

El grupo fue recuperando su optimismo a lo largo del almuerzo, se charlaba animadamente y se gastaban algunas bromas, pero en el ambiente seguía flotando la incertidumbre sobre el siguiente paso a dar, una vez alcanzada la ciudad donde se refugiaban los fugitivos. Todos sentían curiosidad y por ello dirigían miradas furtivas hacia el Mariscal esperando que aclarase sus dudas de un momento a otro. Tras el éxito de su plan para cruzar el Garona, ni el templario, ni Bernard o el mercenario de éste, ponían en duda su capacidad para liderar la misión.

Ferdinand aparentaba desatender las continuas preguntas que se hacían unos a otros y que en realidad iban dirigidas a él, disfrutando su vanidad por la expectación con que se aguardaban sus manifestaciones, y mientras, ultimaba en su cabeza los detalles de la operación que estaba resuelto a materializar aquella misma tarde.

Había elegido como escondite una hacienda compuesta por al menos cuatro edificios de suficiente amplitud, la vivienda más establos, cuadras o almacenes. Estaba más apartada del camino que otras y, además, bien separada de sus vecinos inmediatos, es decir, razonablemente aislada. Por otra parte, parecía no estar a demasiada distancia de la cumbre del cerro.

Pudo observar laborando en sus inmediaciones a un par de hombres, varias mujeres y algunos niños. Trabajaban una pequeña huerta, pero sin duda su principal ocupación y fuente de ingresos era la ganadería, en concreto la cría de bueyes a partir de un pequeño hato de vacas y toros. Esa sería la razón de ser de los grandes establos y los extensos prados próximos al caserío y, por ende, la ausencia de tierras de labor. Presumiblemente dispondrían también de algunas cabras y cerdos, y un montón de gallinas y gansos. Suponía el Mariscal que la propiedad de toda esta explotación, en último término, correspondía más bien al Conde de Foix o al monasterio que se levantaba en la localidad, Saint Voulois, que la tendrían arrendada a aquellos granjeros.

El sitio parecía reunir todos los requisitos necesarios, pero no dudaba en que se verían obligados a forzar la colaboración de sus moradores, amedrentándoles o imponiéndose violentamente, pues podía descartarse que lo hicieran de modo voluntario. Y, lógicamente, había que impedir que mediaran testigos en éste allanamiento. Docenas de campesinos, incluidos los de la granja elegida, habían sido espectadores del paso de la cuadrilla de forasteros armados, y de ahí la decisión tomada de desaparecer pronto de su vista, yéndose a esconder en aquel soto.

Allí pasarían el resto del día, primero descansando, y luego preparando su incursión, para finalmente volver sobre sus pasos a la puesta de Sol, e irrumpir por sorpresa en el caserío. Al objeto de hacerse con él, utilizarían la fuerza que fuese necesaria, pero intentando en todo caso pasar desapercibidos al resto de los habitantes de la comarca.

Por fin Ferdinand, una vez tuvo atados todos los cabos, se decidió a hablar:

- ¡Escuchadme!, os contaré la que he pensado va a ser nuestra próxima maniobra... -se oyeron a varios chistar para que callasen los despistados que seguían charlando- si nadie tiene nada que objetar u otra idea mejor, claro.

Todos sabían que el capitán empleaba esta fórmula de cortesía refiriéndose únicamente al templario, aunque Bernard se hiciera alguna ilusión de que le estaba teniendo en cuenta también a él.

Ferdinand comprobó que la gente, al menos la que veía desde su sitio, andaba atenta. Parecían escucharle aunque casi nadie había interrumpido su almuerzo, así que continuó:

- Asaltaremos una granja para que nos sirva de escondite, y desde ella mantendremos vigilados permanentemente la ciudad y el castillo mientras esperamos refuerzos de nuestro Conde, o bien que los fugitivos den algún paso en falso que ponga sus cabezas y sus tesoros en nuestras manos.

- Supongo cual has elegido, una de las últimas, la que se veía monte arriba a la derecha del

camino, ¿no?- preguntó fray Adrien, que había empezado a tutear a Ferdinand desde el altercado de ambos en el roquedo.

- ¡Desde ahí no se ve la fortaleza, ni la villa, nos la tapa la colina!- se anticipó en contestar Bernard.

- ¡Y eso nos viene de perlas!, tampoco podrán vernos a nosotros desde allí- contestó el Mariscal- Y, sin embargo, nos bastará con subir al promontorio, total un paseo, para poder observar sin ser vistos. Nos organizaremos para mantenernos al acecho constantemente, observando todas las entradas y salidas de la ciudad mientras aguardamos y vamos madurando nuestro siguiente movimiento.

- Pero es probable que la cumbre esté vigilada- argumentó el viejo Charles.

- ¡No lo creo!, pero aunque así fuese, es lo suficientemente extensa como para poder pasar desapercibidos- le respondió su jefe.

Se produjo un momento de chismorreo entre los cruzados y el capitán les pidió silencio para explicarles las ventajas que encontraba en la finca elegida:

- Me ha parecido espaciosa como para darnos cobijo a todos y además está más aislada que las otras. Por otro lado, la familia que la habita no me pareció muy numerosa, es otro factor a tener en cuenta.

- ¿Qué quiere decir exactamente eso de que “asaltaremos” la granja?- inquirió Pierrot, un tanto alarmado por la utilización de ese verbo funesto.

- Pues está bien claro, ¿no?- manifestó Ferdinand- La tomaremos por la fuerza. La familia que allí vive, probablemente simpatizantes de la herejía, no nos va a invitar a alojarnos. Incluso puede que nos ofrezcan algún tipo de resistencia.

- ¡Estarían locos! ¿Cómo van a enfrentarse a caballeros? Cuando nos vean llegar, armados hasta los dientes, les faltará tiempo para ponerse de rodillas- sentenció arrogante Bernard.

- ¡Quizá no se postren tan rápido como pensáis!... Lo entenderéis ahora.- prosiguió el capitán- Cuando salgamos esta tarde de aquí, lo haremos vestidos como cortesanos, nada de armaduras, armas, o cualquier otro elemento que pueda delatar nuestra condición. Disponemos todos de algún ropaje civil como indiqué, ¿no es así?

- Comprendo porqué insinúas la probabilidad de que se resistan al atropello, fácilmente nos tomarán por bandidos, y de ellos pocas veces se puede esperar alguna piedad- comentó el templario.

- ¿Y por qué esa medida, Ferdi?- indagó “Bicho”.

- Nos marcharemos a última hora de la tarde, pero todavía habrá suficiente luz como para que nos puedan ver y, aunque cabalguemos al paso y en silencio, haremos el suficiente ruido como para que algún morador de las últimas granjas se asome curioso a la puerta de su casa. Quiero que nadie nos pueda asociar con un destacamento de cruzados. Casi es preferible que los hipotéticos testigos nos tomen por un grupo de malhechores, nos vean transitar por sus tierras y seguramente se asusten y encierren en sus casas, pero cuando nos hayamos alejado de sus heredades sin haberles asaltado, no tardarán en olvidarse de nosotros.

- Pero cualquiera que nos haya visto pasar antes, viendo el número de jinetes y el de caballos, tan desproporcionado, sacará de inmediato la conclusión de que somos los mismos de la mañana- observó de nuevo “Bicho”.

- Eso está ya pensado: Formaremos dos grupos: En el que saldrá primero iremos los guerreros excepto uno, por ejemplo tú, Paul- no era casualidad el hombre elegido, probablemente de los pocos que no se iban a sentir frustrados por ser relegados al grupo de cola- y llevaremos un solo caballo por persona. El segundo grupo estará compuesto por el resto de hombres y animales, incluido tu chucho con el bozal puesto, no quiero que nos pueda delatar- Ferdinand hizo una pequeña pausa para dar un tiento a su almuerzo, y luego continuó exponiendo su plan- Como calculo cosa de una hora lo que tardaremos en llegar al paso hasta la granja, este segundo grupo saldrá tras la puesta de Sol para que pueda alcanzarla con la última luz del crepúsculo, mientras que los primeros lo habremos hecho un rato antes del ocaso. Creo que así despistaremos a los entrometidos.

- ¿Se debe entender entonces que no llevaremos ningún tipo de armas?- quiso Pierrot, preocupado por la posibilidad de un nuevo y gratuito derramamiento de sangre, que el Mariscal aclarase ese punto.

- ¡Las imprescindibles! Aparte de las dagas y cuchillos de cada uno, portaremos un par de mazas envueltas en trapos. En principio trataremos de no dañar demasiado a esa gente, independientemente de que se trate de herejes o no, entre otras cosas porque nos van a ser más útiles vivos que muertos- el capitán, que miraba a “Aristo” mientras le contestaba, adoptó ahora un tono paternal- ¡Sé lo que te preocupa! No deseo que hagamos ningún daño a esa familia, pero es necesario irrumpir en su hogar violentamente para que se percaten de cual es la situación desde el primer momento. Luego, una vez que se persuadan de quien manda allí y nos acepten como huéspedes, no será necesario ningún maltrato. Antes bien, intentaremos causarles las menores molestias, e incluso pagar a nuestra partida todos los gastos que les hayamos ocasionado.

Ferdinand dudaba de que su mensaje fuera entendido por todos los miembros del grupo, por ello alzó la voz, para hacer hincapié en aquella última consideración:

- ¡La violencia deberá ser proporcional a la resistencia que ofrezcan!- y la repitió, enfatizándola todavía más, mientras volvía su rostro hacia el sitio donde comía el sargento mercenario- ¡LA VIOLENCIA SERÁ PROPORCIONAL A LA RESISTENCIA QUE OPONGAN! ¿EH, RICHART?

El aludido, con la boca llena, contestó con un sonido gutural mientras afirmaba con la cabeza en un dudoso signo de obediencia.

- Opino que no sería una tontería llevar también un par de ballestas, por si nos encontrásemos con alguna situación inesperada. Podríamos disimularlas envueltas con lienzos- dijo Bernard.

- ¡Parece increíble, pero no es ninguna tontería!- respondió el capitán en un tono irónico- Ya lo había pensado... ¡es que no me dejáis terminar! Las manejarán Rimont y Jacques, pero bien entendido que sólo las usaréis ante un peligro excepcional.

Ferdinand sabía a quien designaba para llevar las peligrosas armas. Los dos jóvenes escuderos tenían la suficiente fuerza para montarlas, puntería para utilizarlas con eficacia, sangre fría para saber en qué momento usarlas y, lo más importante, la conciencia moral necesaria para contenerse llegado el caso. Además, Rimont en concreto era el mejor tirador de la mesnada.

- Y También llevaremos algunas hachas por si hubiese que forzar puertas o ventanas- señaló para terminar el Mariscal del Conde Flambó- Ahora, si nadie tiene alguna pregunta que hacer, os recomiendo que descanséis, durmáis, u... os la “casquéis”, allá cada cual, pero tened en cuenta que nos espera un anochecer agitado...

5.2

Con el Sol próximo al ocaso, y tras haber tomado un tente en pie a base de pan negro, queso y vino, partía el primer grupo de cruzados. Iban en silencio y manteniendo sus caballos al paso para hacer el menor ruido posible. Llevaban puestas sus ropas cortesananas y disimuladas las armas, y montaban palafreos y rocines para que ni siquiera los corceles pudiesen delatarlos como una fuerza armada, aunque su extraña presencia y comportamiento no resultarían nada tranquilizadores para quien pudiera verlos.

El segundo grupo le saldría una media hora después, cuando el astro rey ya hubiese desaparecido.

Cuando avistaron la casa elegida, el capitán detuvo su montura, descabalgó e hizo seña para que los demás le copiaran. Indicó a Charles con un susurro que se quedase al cuidado de los caballos mientras que él, seguido de los otros siete, recorría el último tramo a pie. Aquello no sentó demasiado bien al anciano, pero comprendió que sus continuas toses podían revelar su presencia por anticipado.

La luz era ya escasa, mas aún suficiente para que los moradores de la hacienda los viesan si se asomaban por alguna de las ventanas. Por las dos que distinguían los cruzados, brotaba la tenue luminosidad despedida por el hogar, mientras la suave brisa traía hasta ellos el aroma de un guiso que la chimenea se encargaba de esparcir.

La emoción por esta segunda acción, de nuevo inusual, embargaba a unos y a otros de manera distinta. Pierrot, Marie y alguno más, según se iban acercando a la morada de aquella pobre gente, se sentían cada vez peor. La sensibilidad de sus conciencias provocaba en sus pechos cierta sensación de remordimiento ante la vileza de la acción que estaban a punto de acometer, el irrumpir violentamente en la sagrada intimidad de una familia, por muy plebeya y hereje que ésta

fuera.

En cambio, el brutal Richart se empezaba a regocijar ante la idea, pues su memoria le traía el recuerdo de saqueos y violaciones cometidos en circunstancias parecidas.

Aún se encontraban a ochenta o noventa pasos cuando ocurrió algo esperable y previsto someramente por el capitán, un par de perros comenzaron a ladrar escandalosamente. Aquel pensaba que los succulentos bocados de cecina que portaba calmarían el ímpetu de cualquier can, pero no había contado con que les detectasen tan prematuramente, estaban aún muy lejos como para lanzarles los pedazos.

Los cruzados imitaron a su jefe, que ahora corría hacia la casa para no dar tiempo a la reacción de sus habitantes. Éstos ya se habían hecho cargo de que estaban en peligro: unas cabezas se asomaron por los vanos e inmediatamente se oyeron voces dentro de la vivienda.

Entretanto los canes, un enorme y fiero mastín y otro algo más pequeño de raza indefinida, se abalanzaron hacia Ferdinand que marchaba el primero. Considerando el peligro potencial que representaba aquel gran animal, Rimont decidió usar la ballesta anticipándose al ataque de los perros. Rápido como una centella, había destapado el arma, puesto una rodilla en tierra, apuntado y disparado, todo en un instante. Alcanzó al mastín cuando ya saltaba hacia el capitán de los cruzados en busca de su garganta. El animal sólo lanzó un breve y agudo grito al tiempo que se encogía en el aire, cayendo después a tierra como fulminado.

El segundo perro, viendo la suerte de su compañero y como se le venían encima aquellos extraños, corrió en medio de sus gemidos a refugiarse detrás de sus amos que ya salían de la casa hacha en mano. Se trataba de un hombre de mediana edad y otro joven que le seguía y que avanzaba con una acusada cojera. El resto de los moradores optaron por encerrarse dentro de la cabaña. Se cerraron puerta y postigos de las ventanas, oyéndose como eran atrancadas por dentro.

El panorama era un tanto inquietante: aquellos dos hombres, tremendamente asustados por la presencia de aquel grupo de “malhechores”, creían no tener otra opción que la de vender cara su vida y la de los suyos. Rimont tenía su ballesta aún descargada, y Jacques no sabía si utilizar la suya o esperar a que sus compañeros diesen cuenta de ambos individuos, pues si disparaba en medio de aquella confusión podía herir a alguno de los suyos, o fallar desperdiciando el que podía ser último recurso.

Ferdinand había hecho ya frente al individuo mayor, mientras el templario se las veía con el muchacho.

Pierrot, en un intento desesperado por evitar el derramamiento de sangre, trató de tranquilizar a los aterrados campesinos.

-¡QUIETOS!, ¡QUIETOS!, ¡TRANQUILOS! ¡Por Dios que no os queremos dañar!

La apaciguadora voz del joven, le pudo por un momento parecer sincera al campesino, pero la inesperada maniobra de Bernard que, rebasando a los dos sujetos y seguido por su esbirro, se precipitaba hacia la vivienda con aparente intención de forzar la entrada, le exasperó de tal manera, que abatió su hacha sobre el Mariscal tratando de abrirle la cabeza, de nada servía ya pretender aplacarle.

Ferdinand a duras penas logró esquivar el primer hachazo y el granjero levantó de nuevo su arma para descargar un segundo golpe. No tuvo el guerrero, curtido en mil combates contra hombres bastante más peligrosos, dificultad en saber cómo responder, y así reaccionó como un resorte, deteniendo el hacha arriba con el mango de su maza atravesada, mientras su rodilla se elevaba buscando los genitales del adversario. El rodillazo fue tan contundente, que las manos del hombre dejaron caer el arma para ir a tapan la zona dolorida.

Mientras, el muchacho también había intentado herir a Adrien, que no portaba más arma que la daga de su cinto, pero que evitó fácilmente el tajo apartándose ágilmente a un lado. Sin embargo, no consiguió el templario prevenir la dentellada del pequeño can, que no paraba de ladrar en defensa del amo. Agarrada su pierna por las fauces del animal, se encontraba en un verdadero aprieto y Marie, situada justo detrás, tuvo que actuar muy a su pesar, golpeando con la maza que portaba la cabeza del perro que murió en el acto.

A pesar de estar prudentemente envuelta en un trapo para hacer el menor daño posible, las seis o siete libras de peso del arma y la energía empleada, habían sido suficientes para liberar instantáneamente a Adrien, y justo en el momento oportuno, pues el joven repetía el intento de cortarle en dos. Seguía descargando hachazos de forma frenética, y el templario, a pesar de su

experiencia, no era capaz de neutralizarle. Jacques ya había tomado la decisión de disparar su ballesta, cuando el muchacho perdió el equilibrio a causa de la cojera y fue a caer de bruces en el suelo. El monje guerrero se echó inmediatamente sobre su enemigo para acabar de reducirlo.

Al mismo tiempo que todo esto sucedía, Bernard y Richart habían alcanzado la casa y el segundo procedía a romper a hachazos uno de los postigos para intentar acceder por esa ventana al interior. La verdadera intención del noble occitano, hermanastro del Conde hereje, con aquella precipitada maniobra, no dejaba de ser la de escabullirse de la lucha con los campesinos, pero una vez cerca del hogar y lejos de la refriega, ya no tuvo ninguna prisa en entrar en él, y dejaba solo a su sargento en la tarea de forzar la ventana.

Cuando éste, tras unos pocos hachazos, lo consiguió y se pudo asomar dentro, sacó rápidamente la cabeza para advertir:

- ¡Se escapan por la puerta de atrás!

Bernard se dirigió a rodear la vivienda, quizá como una nueva excusa para no tener que entrar dentro el primero, y además arrastró tras él, llamándoles, a Marie y a Pierrot, que en ese momento llegaban.

De este modo, Richart fue el primero en entrar en la casa. Se oyeron algunos gritos femeninos...

Los que huían por la puerta trasera eran un par de críos a los que rápidamente dieron alcance "Aristo" y "Bicho". El primero se hizo cargo de un chaval de unos diez años que no paraba de lanzarle patadas, y la segunda, de una nena de alrededor de siete que la obsequió con unos cuantos mordiscos. Bernard se limitaba a mirar y Marie, lanzándole una iracunda mirada, le gritó airada:

- ¡Al menos podríais sostenerme la maza!

Los tres caballeros se fueron hacia la vivienda llevando a sus dos prisioneros y entrando en ella por su acceso posterior. Una vez allí dentro, soltaron a los niños que fueron rápidamente a refugiarse en el regazo de la que debía de ser su madre. Ésta, con un gran cuchillo de cocina en la mano, observaba con ojos desorbitados por el terror, una escena que estaba ocurriendo frente a ella, mientras una muchachilla se cobijaba tras su espalda.

Al volverse, los cruzados pudieron ver a Richart forzando a una joven a la que mantenía arrinconada contra la pared. La había rasgado el escote del vestido y extraído ambos pechos que amasaba salvajemente al tiempo que lamía con vehemencia su cuello y oreja. La muchacha, paralizada por el pánico, no oponía resistencia, limitándose a llorar al tiempo que miraba a su madre y hermanos, en solicitud de algún tipo de ayuda.

Bernard, que había entrado primero que los Flambó, también fue el que antes se percató de la situación, pero apenas había dedicado a la trágica visión un momento de su atención, pasando de inmediato a observar otros detalles de aquel hogar, pero, eso sí, sin perder de vista el cuchillo que portaba la campesina. Parecía estar acostumbrado a ver violaciones por parte de sus hombres, dada la indiferencia que mostraba.

Entretanto, Pierrot y Marie miraban perplejos el brutal atropello. La primera en reaccionar fue la chica:

- ¡¿SE PUEDE SABER QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO?!

Richart hizo caso omiso a la pregunta de "Bicho", y entonces fue "Aristo" el que intervino, abalanzándose sobre el agresor para intentar separarle de su víctima. El sargento, al sentirse agarrado, se volvió furioso desembarazándose del caballero mediante un enérgico codazo que le soltó en el pecho, al tiempo que exclamaba:

- ¡Pero, ¿qué cojones os pasa?! ¡La vi yo primero!

Pierrot había caído al suelo sin respiración y Marie dudó un momento entre correr a atender a su primo o "acariciar" la testa del sargento con la maza que poco antes le había devuelto el hidalgo. Pero se decidió por lo primero al atisbar un leve gesto de su maestro, que entraba en ese momento por la ventana forzada. Ferdinand, que había sido testigo del altercado, le indicó sutilmente que dejara el asunto en sus manos.

El violador se llevaba ahora a su víctima hacia un lateral de la gran chimenea adosada a la pared con intención de ocultarse someramente de las vistas de los presentes.

El capitán, recorrió la estancia sin prisas, y cuando llegó junto a la pareja, se quedó inmóvil mirando fijamente a Richard. Éste, receloso pero sin dejar por un momento de apretujar y sobar a su presa, volvió la cabeza hacia el caballero:

- ¡Hay otras mujeres y además yo entré primero!
- ¡Te dije que no te columpiaras!- le recordó Ferdinand.
- ¡Ah... ya!, tranquilizados, no la voy a matar, sólo nos vamos a divertir un rato. Luego os la paso...

- ¡Me parece que ella no se está divirtiendo!- le contestó, propinándole acto seguido un rotundo cabezazo en la cara que le hizo soltar a la joven y recular unos pasos, mientras se tapaba la zona golpeada con las dos manos.

Sin darle tiempo a reaccionar, Ferdinand utilizó ambos brazos para darle un fortísimo empujón en el pecho que le mandó varios pasos atrás, hasta hacerle tropezar con la mesa no recogida aún de la cena, y caer al suelo de espaldas, produciéndose un estrépito de muebles y cacharros desparramados por el suelo.

Como viera el capitán levantarse del suelo muy diligentemente a su adversario, y adivinara su intención de responder a los golpes, se le anticipó descargando un tremendo puñetazo contra su cara, que le derribó de nuevo.

Richart ya no se atrevía a levantarse otra vez ante la contundencia del último golpe, le brotaba sangre por la boca procedente de sus labios y encías, y temía haber perdido algún diente.

- ¡Pero ¿qué cojones ocurre?!- decía desde el suelo- ¿qué pollas he hecho mal? Sólo estoy tomando mi parte del botín.

- ¡¿De qué botín hablas?! ¿Te refieres al contenido en esta fortaleza que hemos tomado al asalto con riesgo de nuestra vida y tras un largo y duro sitio? ¿Es eso? Pues aunque fuera ese el caso, tampoco estaría justificada la violación de las prisioneras, tal como hicísteis en Almir tú y otros marranos todavía peores que, tras “divertirse”, acabaron asesinando a sus víctimas- le reprochó el Mariscal enfurecido.

- ¡Tienen razón los que dicen que sois una panda de maricones!- le respondió Richart.

- ¿Quién lo dice?- preguntó el capitán acercándose a él con el puño cerrado y el brazo en alto, en ademán de soltarle un nuevo puñetazo.

- ¡Yo no lo digo, lo dicen otros!... ¡Dicen que todos los de vuestra mesnada sois unos cobardes y unos maricas!- aseguraba el mercenario mientras se tapaba la cara con el brazo por si acaso.

- ¿Habéis oído alguna vez eso?- interrogó Ferdinand volviéndose hacia Pierrot y Marie, que se apresuraron a negar con la cabeza a sabiendas de que algo de ello había- ¡Pues no deben estar muy convencidos de lo que hablan cuando no se atreven a decirlo delante de nosotros! ¡Di a tus informadores que por su bien sigan con sus dudas! ¡Y, otra cosa, cuando tengas ganas de meterla, y no encuentres una furcia con el estómago necesario para hacerlo contigo por dinero, te la “pelas” detrás de un árbol como hacemos los demás!... ¡O te lo montas con tus caballos, pero... ay de ti como les oiga el más mínimo relincho de queja!- terminó diciendo en tono un tanto chusco.

- ¡Creo que sacáis las cosas de quicio Ferdinand!- comentó el hidalgo Bernard, molesto con el trato dado a su sicario y temiendo perder la poca influencia que aún ejercía sobre él- Sólo se trata de una plebeya y encima vive en un territorio enemigo, es seguramente una hereje. ¡A quién le puede importar!

- ¡No me toquéis los cojones Bernard! Si no entendéis que está mal lo que trataba de hacer el cabrón este, más valía que en vez de daros tantos golpes de pecho ante el altar, os pusierais a disposición del padre Johannes para que os leyese algo de los Evangelios. Y ya sabéis que no soy precisamente un beato, pero creo recordar que nuestra única coartada para que hayamos arrasado este país, es que somos cruzados de la Iglesia Católica- le respondió el capitán.

- ¡De acuerdo con eso! Sin embargo debéis reconocer que esta es una costumbre aceptada. Somos guerreros, y como estamento superior al de los pecheros y siervos, tenemos derecho a tomar de ellos lo que necesitamos, y ellos lo saben, o por lo menos deberían saberlo. Como podéis observar yo no lo practico, pero entiendo a mis hombres cuando proceden a desahogarse- argumentó de nuevo Bernard.

- Os diré que no sólo no tenéis ni idea sobre las Sagradas Escrituras, por lo que veo tampoco conocéis los preceptos de la Caballería. Pensáis que nuestra relación con los campesinos se debe limitar a sacar provecho de ellos, y es, o debería ser, más bien al contrario. Nuestra misión principal es protegerlos y de ahí provienen todos nuestros privilegios. Entre ellos, el más importante y con el que deberíamos tener suficiente, que nos alimentan con el trabajo de sus manos aquellos que dependen directamente de nosotros.

- ¿Y eso donde ocurre? ¿En el país de las maravillas?- le rebatió el hidalgo- ¿No tenéis nada que decir de vuestra experiencia en Tierra Santa? ¿A caso no era la norma allí, saquear, violar y asesinar? ¿También entonces os liabais a mamporros con vuestros compañeros de armas?

- Allí no había otro remedio que tragar y mirar para otro lado, sobre todo cuando eran los propios jefes los primeros en actuar indecorosamente. Pero aquí, Bernard, la situación es la siguiente: ¡Yo soy el jefe! ¿Entendéis? Por lo tanto se va a hacer lo que a mí me parezca bien. Y el que no esté de acuerdo, se las verá con éste- mostró uno de sus puños- o, lo que es peor, con “Éclair”- citó el nombre de su espada- Y con todo ello, no hago más que seguir la política de aquel que me ha dado el mando de esta partida, nuestro caudillo el Conde Flambó de Etelnon.

El rotundo final del alegato de Ferdinand, pareció dar por terminada la polémica. Los testigos del drama acaecido, el intento de abusar de la doncella, la paliza del Mariscal al mercenario y la alterada disputa entre aquel y Bernard, lo habían seguido con inusitado interés: La campesina y sus hijos, creyendo que en el altercado se estaba decidiendo su suerte. Los dos Flambó, apreciando como la forma de pensar de su maestro coincidía, al menos en aquel tema, con la suya, acrecentándose esa noche la estima y el respeto que sentían por él, al observar el ardor con que defendía aquellos sublimes ideales.

Para ese momento, Adrien, que poco antes entrara por la ventana llegando a escuchar parte de la acalorada discusión, había ya descornado la tranca de la puerta y abierto ésta para que entraran por ella Jacques y Rimont sujetando a los dos varones apresados. Se podía distinguir en el rostro de ambos las señales de los puñetazos que a posteriori les sacudieran los escuderos para terminar de someterlos.

Una vez dentro, les soltaron para que se uniesen al resto de la familia.

Al parecer ésta se componía de padre y madre, de entre treinta a cuarenta años de edad, y de su prole, el muchacho de la cojera, dos jovencitas que rondarían los doce o catorce años, una de ellas la ultrajada por Richart, y el niño y la niña capturados por Pierrot y Marie.

Estaban ahora los siete apiñados, abrazándose los unos a los otros. La joven forzada y el muchacho lloraban, al igual que los pequeños. El padre se apretaba la cabeza dando muestras de desesperación, la madre tenía dibujado en sus ojos y facciones un intenso pavor... La escena conmovía los ánimos de varios de los cruzados, que se sentían terriblemente malvados.

- ¿Falta alguien?- interrogó Ferdinand.

- El abuelo- contestó inocentemente la más pequeña, motivando la mirada furiosa de sus padres.

- ¿Dónde está?- volvió a preguntar el capitán.

Aunque la madre apretó disimuladamente el hombro de su hijita para que no volviese a meter la pata, no fue necesario que nadie contestase, pues el movimiento de ojos de varios miembros de la familia hacia el techo, resultó esclarecedor.

- ¡ABUELO, BAJE!- gritó el caballero.

5.3

Una vez reunidos todos los componentes de la familia, Ferdinand procedió a presentarse él mismo y a sus hombres, a los aterrorizados cautivos que le escuchaban atónitos. No menos sorprendidos estaban algunos de los asaltantes, sobre todo Bernard y el sargento, pero también Adrien, que nunca habían presenciado tan absurda cortesía con unos plebeyos para colmo enemigos. No sólo eso, sino que les pidió disculpas por la violenta irrupción y les contó brevemente sus proyectos: permanecerían unos días en la granja mientras vigilaban a un grupo de proscritos que se había refugiado en Foix.

Estaba claro que los campesinos no entendían del todo el lenguaje de aquellos guerreros venidos del lejano Norte, pese a que éstos intentaban utilizar palabras de su propio dialecto, pero sí comprendían el tono moderado y reconciliador que estaba empleando el que parecía su jefe. El Mariscal les interrogó sobre su filiación espiritual, y el padre respondió por todos: eran católicos de buena ley.

Esta afirmación les pareció a la mayoría de los francos un embuste comprensivo ante las circunstancias adversas por las que estaban pasando, pero no era tan descabellada.

La situación que se vivía en las tierras del Languedoc era tan confusa que los habitantes no tenían conciencia clara de lo que estaba allí ocurriendo. Intuían que los hombres de religión se habían escindido en dos grupos opuestos y que pugnaban entre ellos por demostrar quién tenía razón.

Los unos mostraban una mayor cercanía al pueblo, se mezclaban con éste, sus conventos se erigían entre las mismas casas de la villa, no exigían el pago del diezmo sino que vivían de su propio trabajo o de la limosna, otorgaban a la mujer casi los mismos derechos que al hombre, de hecho muchos de sus sacerdotes eran féminas, y enseñaban una doctrina y practicaban un ritual más sencillos que los oficiales.

Los otros, los católicos o cristianos ortodoxos, no cesaban de exprimir con sus impuestos a los trabajadores. Vivían, a excepción de los párrocos y los nuevos frailes predicadores, en los grandes monasterios desde donde sus abates ejercían un poder propio de señores feudales, al igual que los obispos de las grandes urbes.

Ante esta situación, lógicamente, el movimiento disidente de los “Buenos Hombres”, llamados albigenses, y más tarde cátaros, por sus oponentes, no iba haciendo más que ganar adeptos día a día. Pero aún era muy difusa la frontera entre la religión oficial y la herejía, aquella estaba todavía sólidamente asentada, y muchísima gente no tenía conciencia clara del bando en que se encontraba, e incluso de que existiesen dos bandos.

Sin ir más lejos, la autoridad de Foix se repartía entre un Conde que, por las razones que fuese, apoyaba abiertamente la nueva religión, y un monasterio benedictino cuyo Abad, aunque daba cuartel a los cátaros, sin duda no deseaba la modificación de su statu quo.

Lo que el pueblo occitano sí tenía muy claro, era que aquellos invasores del Norte, venidos en nombre del Papa, no lo hacían para liberarlos de nada, sino para expoliarles y sustituir a sus legítimos señores por otros afines al rey de Francia.

En realidad, poco le importaba al Mariscal las inquietudes religiosas de aquella gente, ya que consideraba que, de una manera u otra, serían siempre las mismas pamplinas. La situación era la que era, los cruzados serían huéspedes y la familia de vaqueros sus anfitriones, lo quisieran estos o no. Aún así, les pidió su colaboración y les prometió un justo pago si lo hacían de buen grado, pero si por el contrario se les ocurría traicionarles... su gesto, describiendo con la mano un corte de cuello, fue bastante explícito.

Continuó largo rato, ya a la luz de las velas, el interrogatorio del capitán al cabeza de familia, y ello con vistas a conocer el mayor número de pormenores sobre sus relaciones con los vecinos próximos, con el monasterio de Saint Voulois, del cual eran arrendatarios, y con el Conde de Foix. También sobre las visitas que recibían y las gestiones regulares de cara al exterior que requería la granja, más todo lo relativo a las reservas de alimentos con que podían contar y el espacio disponible en los establos, cuadras, graneros o pajares.

Pero la conversación fue seguida por cada vez menor número de personas puesto que la llegada de Charles con los caballos obligó a varios cruzados a ayudar en el acomodamiento de los animales. Estos, de momento, se ubicaron al aire libre, en el corral, ocultos a las vistas de los que se acercaran por el camino, mientras no se aproximasen demasiado.

La mujer y sus hijas mayores, a pesar del desastroso estado de ánimo en que les había sumido el allanamiento de su hogar, se afanaban en el fogón preparando cena para catorce personas como les había ordenado el jefe de aquellos truhanes. De buena gana habrían añadido el peor de los venenos si hubiesen dispuesto de él, pero básicamente se limitaron a estrellar huevos en la sartén, más que a freírlos con delicadeza. A dos huevos por cabeza, la dueña de la casa sentía un vacío en su cabeza pensando en lo que iba a suponer para su delicada economía la presencia de aquellos energúmenos en su casa. No sólo temía por el hambre de los suyos, sino por no poder satisfacer los diezmos y primicias debidos al monasterio.

Al poco alcanzaron la granja los componentes del segundo grupo con el resto de los animales y la impedimenta. Estos fueron acomodados en el mismo sitio que los anteriores.

Tras la breve presentación de los recién llegados a los habitantes de la casa, los cruzados se dispusieron a cenar mientras los forzados anfitriones, que ya lo habían hecho con anterioridad al asalto, eran recluidos en la planta alta de la vivienda, normalmente utilizada como dormitorio.

El edificio, sin ser demasiado amplio, sí parecía bastante sólido, estaba fabricado en piedra. El tejado era de madera, en su armazón, y ramas, éstas dispuestas de forma muy tupida para aislar bien la casa de la lluvia. Interiormente se distribuía en planta baja o principal, donde se hallaba el hogar, y la alta o sobrado, utilizada como alcoba. Ambas plantas eran diáfanas y la única intimidad entre los padres, los hijos y el abuelo, en el piso alto, la proporcionaban unas cortinas que pendían de las vigas de la techumbre. Una escalera de madera, tan vertical que había que utilizar las manos para ascender y descender por ella, comunicaba ambas plantas.

Arriba el único mobiliario eran los cajones de madera llenos de paja sobre la que apoyaban sus jergones de lana, y algunas banquetas y orinales. Abajo sí había más muebles: un par de arcones donde guardaban el ajuar y el menaje, al tiempo que servían de bancos, un tablero de generosas dimensiones sobre un par de caballetes haciendo de mesa, dos largas bancadas y algunos taburetes de madera. Las paredes estaban repletas de útiles colgados. También las provisiones más preciadas pendían cerca de la chimenea, o estaban contenidas dentro de vasijas en las proximidades de ella o en la alacena abierta en una de las paredes. El hogar era amplio con una gran campana para recogida de humos. Y los suelos, de tierra apisonada en la planta baja y de madera en la superior, los mantenían cubiertos de paja.

La variedad y calidad de sus bienes, y la cantidad de provisiones, demostraba que aquella familia de campesinos era muy pudiente, el capitán no había elegido mal... Sin embargo, el espacio, más que suficiente para albergar a sus dueños, resultaba agobiante para toda la patrulla de cruzados católicos.

Lo pudieron comprobar primero durante la cena, mientras daban cuenta de los huevos acompañados con pan y sardinas propias, pues solamente los caballeros y el capellán pudieron acomodarse junto a la mesa, mientras escuderos y criados debieron sentarse por el suelo o comer de pie. Y mucho peor fue después, cuando se acostaron todos juntos, aquella primera noche, en la planta principal, los catorce más el perro, guardado para que no hiciese de las suyas. A pesar de haber retirado la mesa, ocupaban prácticamente todo el suelo de la sala, haciendo difícil el paso al vela de turno.

A pesar de la estrechez, cuando al día siguiente, sábado, se levantaron, la sensación que tenían era de haber descansado de forma reparadora, pues el suelo, nivelado, limpio y seco, y el resguardo ofrecido por aquellas cuatro paredes y su techo, les había hecho sentirse tan confortablemente como en un palacio, si lo comparaban con las incomodidades de las últimas noches e incluso de los postreros meses.

Al terminar el desayuno, en el que varios de los jóvenes prefirieron darse el lujo de sustituir el vino o el agua acostumbrados, por un buen trago de leche de cabra, el Mariscal, con la ayuda del templario y sin dar totalmente de lado la opinión del adusto Bernard, se dispuso a planificar la que presumían larga estancia en la granja.

En primer lugar alentó a la familia a seguir con sus quehaceres domésticos como si nada hubiese cambiado, salvo que uno de sus miembros quedaría siempre como rehén dentro de la casa mientras los demás permanecían prudentemente vigilados durante sus faenas. A estas alturas, los granjeros ya se habían hecho cargo de que cualquier tentativa de escape o de llamar la atención, supondría la muerte de uno o varios de ellos, y no entraba en su cabeza de momento tal eventualidad, el miedo les mantenía absolutamente bloqueados.

Inmediatamente se dispuso que Paul y Marie, junto con el pater Johannes, partieran hacia el monasterio de Boulbonne con recado de entrevistarse secretamente con su Abad. Le informarían de donde se encontraban alojados, las señas físicas de la persona que vendría a preguntar por ellos, bien Phelipot o el propio Conde, y de la palabra clave que Ferdinand había acordado con su grueso escudero al despedirse de él. Ni que decir tiene que, tanto “Bicho” como el “Principito”, iban vestidos a modo de cortesanos, por supuesto ella como hombre, y montaban palafrenes, yendo el padre Johannes con su indumentaria propia de clérigo y una de las yeguas, todo al objeto de pasar lo más inadvertidos que fuera posible.

Mientras el resto de los cruzados, ayudados por los granjeros, se ocupaba de aposentar de forma más segura al conjunto de sus caballos y mulas repartiéndolos entre los dos establos y el aprisco, sacando previamente de ellos a los animales que allí se guardaban, unas pocas vacas, toros

y bueyes, más algunas cabras, Ferdinand, Adrien y Bernard marcharon en compañía de Arnaut, el cabeza de la familia de boyeros, en busca de algún observatorio en la cima del cerro desde donde se dominase la fortaleza.

Avanzaron monte arriba a través de prados y frondas por espacio de una media hora hasta llegar a un mirador privilegiado. Ante ellos, allí abajo, se desplegaba una panorámica del valle y de la población.

En primer termino, y al otro lado de un torrencial riachuelo, el Arget, surgía una imponente y escarpada roca sobre la que se erigía el castillo del Conde. Su doble muralla, sus dos poderosas torres cuadradas unidas por un cuerpo central, su barbacana... le proporcionaban un aspecto inexpugnable.

Para su regocijo, una simple ojeada les bastó para confirmar la presencia de los fugitivos, hombres de la escolta con sus inequívocos sobrevestes, montaban guardia ya sobre los adarves.

La dominante altura desde la que observaban les permitía contemplar también casi toda la villa, extendida al otro lado de la peña: la abadía de Saint Volusien, las casas de los parroquianos, la débil cerca que protegía el conjunto y, más allá, el río Ariege, el puente de piedra, el camino de Toulouse a Andorra...

No se entretuvieron mucho tiempo allí. El observatorio era formidable, salvo que tendrían que acondicionar un escondite para poder ver sin ser vistos, dado que la distancia hasta la torre del homenaje no debía ser mayor de media milla y no faltaba en todo momento un centinela sobre ella.

Por el camino de vuelta, los tres cruzados proyectaron cómo habría de ser el sistema de vigilancia. El objetivo era mantener el control sobre la ciudad día y noche mientras resolvían cómo hacerse con los tesoros, espiritual y temporal, transportados por los herejes. La captura de éstos había pasado a un segundo plano.

Se organizarían cinco turnos compuestos por una par de guerreros cada uno. Las parejas debían constituirse de manera que fueran lo menos conflictivas posibles y, por lo tanto, cumpliesen con su cometido del modo más eficaz: el capitán vigilaría con Bernard y el templario lo haría con Richart, y esto no sería así por casualidad. En la mente de Ferdinand flotaba un intenso sentimiento de desconfianza hacia Bernard de Fanjeaux y su sargento, así que prefería mantenerlos separados y bajo su control directo o el de Adrien. Y además, era recomendable la combinación precisamente escogida, dada la tensión surgida entre él Mariscal y el sargento mercenario tras el último encontronazo habido entre ellos.

Otras parejas serían la de Paul con Marie y la de Jacques con Rimont. Los organizadores prefirieron separar a la polémica pareja de sodomitas para alivio de los más escandalizados con esa monstruosa amistad, Bernard entre otros, y evitar la posibilidad de que, entre arrumacos, acabasen desatendiendo la vigilancia. Por último quedaron emparejados Pierrot y el anciano Charles.

El orden en que entrarían de servicio se echaría a suertes, esta vez sin trucos, y se decidió que aquella misma noche entraría la primera pareja de guardia, y desde ese momento la vigilancia sería permanente, relevándose las parejas cada cuatro horas sin interrupción.

Correspondió el primer turno al binomio formado por los escuderos Rimont y Jacques. Con la antelación suficiente para iniciar su guardia a la hora convenida, "prima fax", ambos se dirigieron hacia el lugar elegido en la cima del monte. Les acompañaban el granjero Arnaut y su hijo mayor. Iban los cuatro provistos de los instrumentos necesarios para podar un espeso matorral de boj elegido como cubierta desde donde poder observar sin ser vistos, y también acondicionar un poco su interior de manera que pudiesen permanecer de pie o sentados, e incluso tumbarse uno de los centinelas.

Se dispusieron allí esteras para el suelo y pieles para cubrirse si era necesario. Para la defensa contaban con dos de las ballestas y su correspondiente munición, aparte sus dagas personales pero, eso sí, la vestimenta seguiría siendo la adoptada por todo el grupo para pasar desapercibido, de paisano, con la expresa indicación de que nadie utilizase prendas con colores demasiado vistosos, que podrían ser percibidos por los centinelas del castillo.

La razón para decantarse por parejas en lugar de un único centinela, había sido aumentar la eficacia de la observación, cuatro ojos ven más que dos, poder contrastar las informaciones, combatir el tedio de tantas horas de vigilancia e incluso hacer posible que durante la noche se alternasen los dos de manera que uno pudiese descansar mientras el otro permanecía alerta.

A la hora de “nox intempesta”, es decir entre la medianoche y la madrugada, la pareja de escuderos fue relevada por la siguiente, compuesta por Pierrot y Charles, sustituida a su vez al canto del gallo, por la de los hermanos Paul y Marie, ya regresados de su misión en el monasterio de Boulbonne a la caída de la noche.

Gracias a la utilización de los cirios horarios en la granja, las campanadas de la torre de Saint Voulois, anunciando las distintas horas canónicas y la enorme pericia de los guerreros para calcular el tiempo según la posición del Sol, la Luna o las estrellas, el cambio de las guardias se efectuó con relativa puntualidad.

Normalmente la pareja saliente debía esperar en su puesto la llegada de la entrante, exceptuando las pocas ocasiones en que uno de los vigilantes hubo de desplazarse hasta la granja en busca de los sustitutos ante la tardanza de estos. Una vez que los entrantes llegaban, los salientes les comunicaban las novedades que se hubieran producido. Estas eran numerosas de día y prácticamente inexistentes de noche, pues fuera de las horas de luz los movimientos de entrada o salida de la villa eran rarísimos, pero no les pasaban desapercibidos gracias a la iluminación permanente de las puertas.

Otro tema que quedó zanjado aquella misma tarde, fue el relativo a la distribución del alojamiento. Se acordó que la familia de granjeros utilizase su aposento en el desván de la casa e hiciesen un hueco a Marie junto a las hijas del matrimonio; ello para que “Bicho” gozase de cierta intimidad, pero también pensando en un control aún más estrecho de los cautivos. Para más tranquilidad de los padres y las muchachas, la Flambó no tuvo inconveniente en revelar su condición femenina, aunque ello le costó mostrar uno de sus pequeños pero bonitos pechos a las incrédulas mujeres.

Los caballeros Ferdinand, Bernard, Charles y Pierrot, el monje templario, el capellán y el cocinero, que logró convencer al capitán de la conveniencia de su proximidad a la despensa y al hogar, dormirían en la planta baja.

El palafrenero y el paje se acomodaron en el establo más grande para permanecer cerca de caballos y mulas. El escudero Rimont y el sargento Richart hicieron lo propio en el pajar. Y, por último, el primogénito del Conde y su escudero consiguieron la autorización de Ferdinand para dormir juntos en el aprisco, donde también se recogían algunas cabalgaduras.

En contra de la petición del “Principito”, en seguida se alzaron las quejas de Bernard, las objeciones del presbítero y las burlas del mercenario, pero como contaba con el beneplácito, o al menos la indiferencia, del Mariscal y de su tío, los jóvenes llevaron adelante su deseo. Ferdinand acalló la controversia argumentando que era la manera mejor de mantener oculta aquella equívoca relación, y recordó a los más escandalizados que precisamente fue la demostración pública de esa aberración el primer día de la cabalgada, lo que juzgaron más monstruoso.

Aparte del servicio de vigilancia de Foix, también quedó montado otro de guardia nocturna de la granja. En él participarían por turno todos los componentes del grupo de cruzados, incluyendo, al menos en un principio, al capellán y al cocinero, que tuvieron que tragar con este molesto encargo. Una de las misiones principales de ese centinela consistía en cuidar del cirio horario y llamar en el momento oportuno a aquellos que les correspondiese entrar de vela en el turno siguiente, tanto el que debía sustituirle en la granja, como a los que tenían que dirigirse linterna en mano, ésta encendida sólo parte del camino, hasta el mirador de la colina.

Aquel servicio de vigilancia nocturna de la hacienda durante los días que duró el “sitio”, no funcionó demasiado mal, con la salvedad de las actuaciones del padre Johannes y Geubert, a los que hubo prontamente que excluir. El cura, sorprendido in fraganti roncando a pierna suelta cuando le correspondía velar, fue librado inmediatamente del penoso “sacrificio”. Ello acarreó las protestas y lamentaciones del cocinero, tan insistentes que Ferdinand determinó apartarle igualmente de este cometido.

5.4

Así transcurrió aquel primer sábado en la granja, organizando la vigilancia de la villa y castillo que servía de refugio a los fugitivos, y su estancia en aquella, que se figuraban no iba a ser breve.

Era una suerte que hubiese sido aquel día de la semana y no otro, pues precisamente se trataba del menos problemático. Al siguiente empezaban las dificultades para mantener en secreto el secuestro de la familia de granjeros. Era domingo, día de Misa Mayor, y para colmo se celebraba el Nacimiento de la Virgen María, su asistencia a misa en Saint Voulois parecía obligada, ¿cómo resolverían el asunto?

La actitud de la familia había pasado del terror a la resignación y colaboraban con los cruzados, qué remedio, en cuanto estos exigían, sin embargo, no podían disimular su aversión. En concreto, el hijo mayor no perdonaba la humillación sufrida y mucho menos la muerte de sus perros, y aguardaba calladamente el momento de la venganza.

En cuanto a las dos muchachas, esquivaban en lo posible al energúmeno que intentó violar a una de ellas y que, a pesar de las advertencias del Mariscal, seguía acosándolas con sus descaradas miradas y gestos obscenos. No era el único, también los ademanes del cocinero Geubert y del palafrenero Lorent, hacían temer a los granjeros por la integridad de su prole. El resto de los cruzados, descontentada Marie, eran hombres que sabían controlar perfectamente sus instintos o, bien sea por sus tendencias sexuales o dedicación religiosa, no tenían la menor apetencia por aquellas féminas, y por lo tanto ninguno más representaba el menor peligro para ellas.

Tras cavilar el asunto durante la noche, Ferdinand ideó una estratagema que sirviese de coartada a la extraña conducta que autoridades y vecinos iban a observar, tarde o temprano, en la familia de granjeros a pesar del aislamiento de la hacienda.

El matrimonio acudiría aquella mañana a los Oficios religiosos con la única compañía de Ibeloki que les vigilaría en todo momento. Ante familiares y conocidos, excusarían la ausencia de todos sus hijos explicando que varios de ellos habían caído enfermos de unas extrañas fiebres y los otros, junto al abuelo, permanecían a su cuidado. El paje sería presentado como el huérfano de un viejo amigo del padre que había llegado de Hispania, era mudo...

El capitán trató de persuadir a la pareja de que la vida de sus hijos estaba en sus manos, si ellos y el joven palestino no regresaban a tiempo o lo hacían acompañados, todos ellos serían pasados a cuchillo. Y Ferdinand, como buen tahúr en el juego, resultaba de lo más convincente, parecía hablar totalmente en serio a pesar de que hubiera sido incapaz de, bajo ninguna circunstancia, matar a unos críos a sangre fría. Igualmente les amenazó con que si Ibeloki percibía el más mínimo intento por su parte de dar a entender a sus paisanos otra cosa distinta de lo acordado, el castigo sería idéntico. Tras las duras advertencias, volvió a prometer el generoso pago de todos los gastos ocasionados a su partida y, aún más, les entregó dos denarios de plata como pequeño anticipo.

Poco después partieron los tres para el pueblo. El pequeño y espabilado paje volvía a prestar un precioso servicio a los cruzados y el matrimonio marchaba decidido a colaborar, otra cosa es que fueran capaces de interpretar la historia ante sus convecinos.

Regresaron cercana ya nona, que era la hora a la que, más o menos, se les esperaba, para alivio de todos los cruzados que aguardaban con el alma en vilo por la suerte del apreciado Ibeloki y el incierto futuro de todos si el pastel era descubierto.

Interrogado el paje, informó de que, en lo que él comprendía de la lengua d'Oc, los granjeros habían colaborado con los cruzados, pero no estaba convencido de que los conocidos de la familia o los clérigos, que también se habían interesado por la cuestión, no hubiesen intuido algo extraño.

Ferdinand frunció el ceño preocupado, ¿tal vez su plan pecaba de ingenuo? Bien, al menos nadie había venido acompañándoles o siguiéndoles, como pudieron comprobar.

Tras deliberar con el resto de los caballeros, el capitán tomó algunas medidas de prevención.

La primera, montar un nuevo servicio de vigilancia diurno en la granja cuyo centinela estaría encargado de controlar el camino de entrada al caserío y los alrededores. Provisto de una de las ballestas, debía anticipar la llegada de algún hipotético visitante anunciándola con la suficiente antelación mediante una señal acústica convenida, la imitación de un graznido, o sorprender a merodeadores si era el caso. En la vigilancia se turnarían los ocho guerreros que permanecían libres en ese momento del servicio del mirador de Foix.

La segunda consistió en inventar algunos falsos síntomas con que adornar a los hijos para que resultase convincente su enfermedad. Se pensó en el truco de espolvorear sus rostros con la sangre de un pollo sacrificado soplándola a través de una caña. También se preparó adecuadamente unas

mantas para que desprendiesen un repugnante olor capaz de disuadir a las visitas inoportunas de aproximarse en demasía al lecho de los enfermos. Estas prendas serían guardadas en un cobertizo en tanto no fuese precisa su utilización. Se barajaron igualmente otros posibles embustes.

Durante aquella jornada de domingo, alcanzaron los cruzados una regularización de su vida en la granja. Lo fundamental, los diversos sistemas de vigilancia, funcionaba de forma eficaz y rutinaria.

Los que no estaban de servicio trabajaban toda la mañana sin cesar. A primera hora se dedicaban al cuidado de los caballos y mulas, ayudando al palafrenero que no daba a basto. Se les servía su primera comida, se les limpiaba, se les hacía andar al paso o al trote dando vueltas alrededor del corral... Nunca se insistirá demasiado en decir que estos animales eran su principal herramienta de trabajo, amén del elevadísimo precio de algunos de ellos, por eso y porque, en la mayor parte de los casos, se convertían en verdaderos e inseparables camaradas, todos los cuidados, todos los mimos, eran pocos.

El grano, el heno y la paja, bastante mermadas sus propias provisiones del primero, se los proporcionaba el granjero teniéndose en cuenta su justo precio para la factura final. También les suministraban habas o algarrobas, proveídas igualmente por aquel, como complemento a la alimentación, aunque ciertamente, tanto estos suplementos como el cereal, no eran demasiado necesarios dada la relativa abundancia de hierba y la poca actividad de los animales.

El resto de la mañana lo habrían dedicado a su entrenamiento militar sino fuera porque el estado de deterioro de sus armas y armaduras a causa de la tormenta del jueves era tal, que éstas requerían una atención inmediata. El orín invadía sus cotas de malla y las hojas de las armas blancas presentaban las temidas manchas de óxido.

Fue por ello que todos los que estaban libres de servicio dedicaron buena parte del sábado y del domingo en dejar a punto sus equipos. Las lorigas eran introducidas en un saco con arena empapada en vinagre caliente procediéndose a continuación a sacudirlos enérgicamente para que los granos de sílice hiciesen su labor de pulimento. Después de limpiar la arena, se procedía a engrasar la malla y a enrollarla en un sentido y en otro a fin de que volviese a adquirir su indispensable flexibilidad.

También se trabajaron las espadas, dagas, cuchillos y hachas hasta dejarlos bien bruñidos, afilados y engrasados. Si los caballos eran importantes y costosos, las armas y, más aún las armaduras, eran carísimas e insustituibles. En concreto las espadas, cada una con su propio nombre, se consideraban objetos sagrados.

A partir del lunes, una vez puestos a punto el equipo y las armas, comenzaron a dedicar esta segunda parte de la mañana, la primera seguían empleándola en sus animales, al entrenamientos militar, practicando entre ellos esgrima y luchas cuerpo a cuerpo, también puntería con las ballestas o los arcos, según el caso, y con las jabalinas.

Para estos simulacros de combates no utilizaban por supuesto las armas auténticas por el peligro de herirse con ellas o dañarlas, sino que sustituyeron las espadas y también las hachas y mazas, por rudimentarios garrotes confeccionados por ellos mismos con ramas, a falta de las que habitualmente utilizaban para este menester y no habían traído consigo.

Por similar motivo, cubrieron sus escudos con lienzos que evitaran el deterioro innecesario de los mismos, empezando por las livianas pinturas heráldicas que los cubrían. Tampoco usaban las cotas de malla, protegiéndose el cuerpo únicamente con los perpuntes.

Otras veces hacían lucha libre con sus brazos y piernas, tratando de derribarse mutuamente, pero evitando golpearse. En estas competiciones, casi siempre salían victoriosos Ferdinand y Adrien, aún cuando luchasen a la vez contra dos de los otros. Si se enfrentaban entre ellos, se producía un cierto equilibrio a pesar de aparentar mucho más vigor el fornido Mariscal que el espigado y flaco templario. El siguiente en destacar en el combate, aunque a distancia de estos dos, era sin duda Richart, más que por fuerza física, que la tenía en grado sumo, por su habilidad y experiencia.

Todos los guerreros a excepción de Charles, al que el capitán no dejaba participar en la lucha cuerpo a cuerpo debido a su edad y estado de salud, se veían obligados a este entrenamiento. Incluso Marie intervenía de muy buen grado, disfrutando de éstas peleas a pesar de ser casi siempre la que salía peor parada. Pero, no obstante, había dos que intentaban por todos los medios eludirlos,

se trataba de Bernard y de Paul.

Al primogénito del Conde le horrorizaba ese lamentable forcejeo con otro hombre, además de sentirse muy humillado por la chanza que levantaban sus actuaciones en la palestra, sobre todo en presencia de aquella pareja, el occitano y su sargento, que todavía consideraba extraños. No ocurría lo mismo con su amigo Jacques, uno de los más hábiles en derribar al contrario.

En cuanto a Bernard, el segundo más viejo del grupo, intentaba usar la excusa de su edad para no tener que esforzarse en éstas lizas.

Ferdinand, que a veces insistía hasta conseguir que participara, bien pronto se dio cuenta de que en realidad el noble escondía una falta total de combatividad, no menor que la del "Principito". Cada vez era más consciente de lo vendido que estaba con aquel grupo de inexpertos o incapaces que capitaneaba, llegando a pensar que uno solo de los fugitivos, por ejemplo el Conde hereje, bastaría para poner en aprietos a la patrulla de cruzados e impedirle el cumplimiento de su misión.

Las prácticas de puntería las organizaban más bien por la tarde, tras el reposo de la comida. Paul y Marie con sus arcos, el resto con las ballestas. Otras veces se ejercitaban en el lanzamiento de azagayas.

Ni que decir tiene que siempre utilizaban blancos blandos donde se pudiesen recuperar fácilmente los proyectiles y sus puntas no sufriesen deterioro alguno. Hay que tener en cuenta que tenían un número limitado de ellos y, además del enorme costo de flechas y lances, a veces era imposible su reposición en determinadas regiones.

En el tiro de ballesta el campeón, a mucha distancia de todos los demás, era siempre el escudero Rimont. En el lanzamiento de jabalina, Ferdinand y Richart no tenían rival, y, por último, era destacable la esmerada puntería en el tiro con arco de los dos hermanos Flambó.

Si los guerreros estaban permanentemente dedicados a la vigilancia, al entrenamiento o a los cuidados de sus monturas y armas, con un par de breves momentos de ocio al día, otro tanto sucedía con algunos de los otros componentes de la patrulla, rara vez desocupados.

Lorent se empleaba de modo exhaustivo con los treinta y seis animales que estaban a su cargo y esta labor, a pesar de la colaboración del resto de los jinetes a primera hora, le ocupaba ampliamente todo el día. Pero por si fuera poco, debía añadir a esta tarea las propias de un guarnicionero y un herrero, haciendo pequeñas reparaciones en los atalajes y arneses de las cabalgaduras, y en las armaduras y armas de los guerreros.

Sin embargo, Geubert vivía mucho mejor. Se limitaba a la confección de las comidas y al lavado de cacharros y, en este sentido, sólo la cena representaba alguna complicación. Así, gran parte de la jornada estaba ocioso, paseándose u observando lo que hacían los guerreros o sus compañeros, pero jamás salía de él echar una mano a los demás, aunque los viese agobiados por el trabajo. El capitán nunca le obligaba a hacer nada que se saliese de su cometido, pareciéndole a muchos que deseaba a toda costa evitar cualquier enfrentamiento con el sedicioso criado.

Menos aún hacía el padre Johannes. Salvo el rato que, por imposición del Mariscal, se arribaba como todos los demás a las cabalgaduras, las diversas bendiciones "oficiales" del día y una misa los domingos o días festivos, no ejercía otra actividad. Por no officiar, ni siquiera celebraba, a no ser que mucho le insistieran, la Eucaristía diaria a la que estaba obligado por su condición de presbítero, cosa que exasperaba especialmente al templario.

Eso explica que pasase la jornada yendo de aquí para allá, curioseando los entrenamientos y competiciones de los guerreros, o acompañando al palafrenero o al cocinero, a los que daba conversación pero en ningún caso prestaba su ayuda. Bien al contrario, si intuía que sus interlocutores iban a necesitar algún tipo de auxilio, ponía rápidamente pies en polvorosa.

Pero aún había más, su presencia en el hogar siempre estaba acompañada de pequeños hurtos en las viandas expuestas, sobre todo si el cocinero no tenía el detalle de invitarle a probarlas, cosa cada vez más frecuente. Su falta de fervor y escasas virtudes, iban poco a poco restándole prestigio entre los componentes de la patrulla, con la excepción de aquellos que, a causa de su exacerbada religiosidad, deseaban permanecer ciegos a las evidencias.

Por ello, sólo los más observadores y menos condicionados por sus creencias, se percataron de la intensidad de las miradas que el capellán dirigía a las dos jovencitas de la familia. No es que las importunara con gestos o insinuaciones obscenas, como hacía Richart o en menor grado Lorent y Geubert, pero sí que llegó a buscar la ocasión de sorprenderlas en la ejecución de sus íntimas

necesidades fisiológicas haciéndose el enconradizo, y esto no pasó desapercibido al ojo implacable del Mariscal.

En cuanto al paje, ya se encargaban los demás de tenerle todo el tiempo ocupado, reclamando uno y otro constantemente sus servicios.

Ayudaba a Lorent con los caballos y a Geubert en la cocina, o bien realizaba cometidos que le fueron asignados aparte de los que tenía por propios. Por ejemplo lavó las mudas de todo el grupo de cruzados, camisas, bragas y calzas, actividad en la que recibió la apreciable ayuda de una de las hijas de los granjeros.

Todos esos trabajos los realizaba Ibeloki cuando no estaba ocupado con la principal misión para la que le reservaba el capitán, satisfecho como estaba de él desde que salió tan airoso de su internada en el campamento aragonés frente a Muret. Efectivamente, continuaba con sus labores de espía ahora en el interior de Foix.

La presentación del muchacho como familiar lejano de los granjeros, le había proporcionado la coartada necesaria para entrar y salir de la villa sin levantar sospechas, unas veces en compañía del propio Arnaut, y otras en solitario.

Allí hacía pequeñas compras expresándose sólo por medio de gestos, mientras aprovechaba para escuchar las conversiones de los tenderos con sus clientes. Saludaba por señas a los porteros y a los vigías de las murallas, mostrando interés por sus guardias con la prudencia necesaria para que no llegasen a recelar. Oía cuanto podía de los diálogos de otros chiquillos de su edad. Y se acercaba a los mentideros y corrillos de los villanos poniendo la oreja en lo que allí se comentaba. Tenía siempre la precaución de no aproximarse demasiado al castillo no fuera que alguna de las damas fugitivas le reconociese a pesar del cambio de imagen concebido por Ferdinand, que le había transformado en granjero mediante el uso de las ropas del hijo mayor de Arnaut. Su embajada concluía siempre poniendo cuanta información iba obteniendo en conocimiento inmediato del Mariscal.

Durante su estancia en la granja realizaron tres comidas diarias. La primera colación, tomada antes de la salida del Sol, era tan frugal que la mayor parte de las veces consistía en la sola ingestión de un líquido, vino comúnmente, pero también infusiones, sidra, hidromiel, leche, o simplemente agua, en la granja no faltaban estos productos aunque las reservas de algunos eran escasas.

Ocupaban la mesa junto al hogar por turnos; primero la familia y luego los cruzados, guisando cada uno por separado sus propias viandas. Pero eso fue al principio, pues al cabo de muy pocos días la colaboración entre la granjera y Geubert fue en aumento y terminaron haciendo un mismo puchero para todos. La principal razón de ese entendimiento sería la paulatina mengua de las legumbres traídas por los guerreros que obligó a éstos a adquirir las de sus anfitriones por no agotar las suyas del todo.

La segunda comida, hacia el mediodía, la hacían casi siempre en frío: pan acompañado con queso, hortalizas y frutos secos, de beber vino o agua. Pero aquel pan era el negro, mezcla de avena y cebada, de que disponían los cruzados mientras les duró, viéndose luego obligados a engullir lo que aquellos granjeros entendían por pan, cereales hervidos con leche, una especie de papilla.

Este sucedáneo les mortificaba tanto, que Geubert, a petición de todos, acabó por fabricar un horno de circunstancias donde cocer sus hogazas, moliendo previamente la harina necesaria.

Y por último la cena, a la puesta del Sol, era la comida más importante del día, a base de potaje de legumbres o menestra de verduras, más el pan y el vino. Como quiera que los granjeros habían a esas alturas del año prácticamente liquidado sus reservas de la matanza, los francos se veían precisados a depositar en la perola pedazos de sus propias provisiones de cecina y tocino, si es que querían que el guiso tuviera alguna sustancia.

El tipo de dieta habitual de aquellos granjeros entraba en conflicto con los gustos mayoritarios del grupo de francos. Aquella familia de rústicos apenas probaba la carne, a pesar de tener a su disposición todas aquellas cabezas de ganado vacuno, caprino y porcino, amén de tantas gallinas y gansos. Pero es que para ellos estos animales, con excepción del cerdo y si acaso el ganso, tenían una función productora, tanto de fuerza para el trabajo, los bueyes destinados a la venta, como de alimentos derivados: leche y por lo tanto mantequilla y queso, huevos, excrementos para abono y combustible... Y no olvidemos la reproductora, las vacas y toros progenitores de los cabestros. Su

carne y su piel, sólo la consideraban desde un punto de vista secundario, como un bien aprovechable al final de su vida útil.

Según la mente retorcida de algunos cruzados, uno de ellos Bernard, esto les hacía sospechosos de herejía, dado que precisamente eran los "perfectos" cátaros los que predicaban el vegetarianismo como norma básica de alimentación.

Pero, salvando a esos pocos cabezas cuadradas, el resto se hacía cargo de que el tipo de dieta de la familia sólo obedecía a criterios económicos, los mismos que también condicionaban los hábitos culinarios de los campesinos de su propia tierra, y la falta de carne de cerdo únicamente se debía a haber agotado el producto de la matanza del año anterior.

Inevitablemente, los francos, guerreros o paisanos, echaban de menos la carne, su principal alimento después del pan, cada vez más restringida en las cenas según disminuían sus reservas, que Ferdinand no deseaba agotar. Sin posibilidad además de salir de caza, su deporte favorito, para no ser descubiertos, algunos se tomaron la libertad de matar varios pollos para que Geubert los cocinara.

No tardaron en darse cuenta del enorme disgusto que aquella acción produjo a los granjeros, en especial a la madre. Ferdinand les prometió el futuro pago, mas el precio que fijó Arnaut por ellos fue tan exorbitante, que el capitán prohibió terminantemente a sus hombres el volver a sacrificar cualquier animal sin antes negociar su valor con los dueños.

Tuvieron que acabar adoptando forzosamente ese tipo de dieta tan antipática para ellos, y encima olvidarse de esa gratísima actividad que era para la mayoría, exceptuando quizás a los extraños Pierrot y Paul, la montería. Ésta, aparte de proporcionarles el plato fuerte de su dieta, no podía considerarse un simple pasatiempo, pues cubría otras funciones básicas: Por un lado limpiaba el monte de alimañas peligrosas, aunque algunas especies, como los lobos, no se cazasen para comerlas, y por otro, les ejercitaba para su profesión, ya que practicaban la equitación, el lanzamiento de jabalina, el tiro con arco o ballesta...

Puesto que tras la cena, la rápida disminución de la luz natural y la escasez de medios artificiales con que sustituirla, hacía inevitable el tener que acostarse rápidamente, los principales momentos de ocio de los guerreros se repartían entre el periodo posterior a la comida y el inmediatamente anterior a la cena.

Durante el primero, se dedicaban los más a dormir la siesta intentando recuperar el déficit de sueño que suponían tantas horas de vigilancia nocturna, mientras otros simplemente reposaban, entreteniéndose con algún pasatiempo tranquilo que no molestase a sus compañeros más fatigados. Uno de ellos era el ajedrez, cuyo dueño, Pierrot, no tenía más rival que el veterano Charles. Otro, el backgamón del escudero Jacques, con el que competían Marie, Paul, Rimont y Bernard principalmente. O las "tres en raya" de Marie, juego en el que la muchacha no encontraba contrincante que estuviese a su altura. También había el que se dedicaba a leer el único libro que portaba la patrulla tras la pérdida del misal en el Garona, un libro de Salmos perteneciente al capellán, u oraba, como hacía el templario, cuya Regla le impedía dormir en las horas de luz.

En el transcurso del tiempo previo a la cena, las distracciones eran más animadas, pequeñas competiciones de lanzamiento de herraduras o cuchillos, demostraciones de sus habilidades como malabarista y prestidigitador de "Manosrápidas", un auténtico experto en estos juegos. Partidas de dados en las que se permitían pequeñas apuestas económicas, entre los más apegados a esta diversión: el Mariscal, el capellán, el cocinero y el sargento. Ahí estaban siempre emparejados el primero con el último, y en éste sentido, se puede decir que Ferdinand encontró un excelente sustituto de Phelipot en la persona del turbulento mercenario.

Entre los numerosos defectos de Richart no se encontraba el rencor. Quizá por ello, admirando la fuerte personalidad del jefe de la patrulla, su destreza en toda clase de competiciones y su sagacidad, cualidades que siempre había buscado en sus diversos capitanes sin encontrarlas conjugadas en ese grado, acabó adoptándole como su auténtico caudillo. Ello en detrimento de su patrón oficial, Bernard, harto como estaba ya de la cobardía, incompetencia y arrogancia que exudaba éste por cada poro de su piel.

Seducido por sus cualidades de guerrero y de jugador, el mercenario comenzó a depositar en Ferdinand el afecto de que era capaz su minúsculo corazón, olvidando los tropiezos primeros e incluso la paliza recibida. Al limarse las asperezas entre ellos, la relación empezó a mejorar, y en

breve, Richart se notó bañado por el evidente aprecio del Mariscal, algo de lo que estaba muy necesitado. Esto le hizo sentirse extrañamente bien, pero, ciertamente, aún distaba mucho el sanguinario sargento de convertirse en un ser medianamente humano.

Lo que lamentaron los “músicos” del grupo, Ibeloki y los tres Flambó, fue la prohibición de tocar sus instrumentos fundada en que, a pesar de la distancia, fuesen percibidas las melodías por alguno de los vecinos en la tranquilidad de la tarde. Por el mismo motivo se procuraba limitar el tono de las conversaciones, algo a veces muy difícil de mantener cuando la euforia producto del vino se mezclaba con las emociones del juego, y era precisamente el capitán, uno de los más bebedores, el que primero perdía los papeles.

5.5

Los días se fueron sucediendo en medio de la rutina, mientras las cinco parejas de guerreros mantenían constante vigilancia desde el mirador, relevándose sin interrupción cada cuatro horas.

Las informaciones obtenidas durante aquel compás de espera, tanto por este servicio de vigilancia como por Ibeloki, una vez recopiladas y contrastadas por el Mariscal, le servían para elaborar continuamente planes, la mayor parte de las veces descabellados, sobre cómo hacerse con los tesoros que, nadie lo dudaba a estas alturas, custodiaban los herejes y su escolta en el castillo de Foix.

Algunas noches, tras la cena, los exponía al resto de sus compañeros. Casi todos los proyectos pasaban por dar un golpe de mano contra la fortaleza. En concreto no cesaba de dar vueltas a la historia del caballo de Troya, conocida por la mayoría. Él pensaba en algo así como unos toneles de vino donde esconderse y penetrar de esa manera en el interior del recinto engañando a su guarnición.

Generalmente recibía una lluvia de críticas, cuando no de chanzas, por parte del templario, Bernard, Charles y los Flambó, que no se cortaban en esos casos con su maestro, e incluso también de alguno de los escuderos, normalmente invitados como el sargento a las deliberaciones.

Ferdinand llevaba muy mal todas las dudas y bromas relativas a sus sugerencias, pero aún era peor cuando conseguía que los demás se lo tomaran en serio y se interesasen por el asunto, pues entonces las críticas constructivas evidenciaban que los planes hacían agua por todas partes. Y el capitán no era ningún necio, si sometía a la aprobación de los demás sus maquinaciones era porque él mismo, en su fuero interno, las sabía inviables.

El castillo, sin contar a los cientos de habitantes de la villa, estaba al menos defendido por cincuenta o sesenta hombres de armas si se incluía a sus actuales huéspedes, ellos sólo eran diez. Y el Conde Flambó, sus refuerzos, o al menos gentes de la hueste católica, seguían sin llegar en su ayuda, ¿habría caído el grupo de “Gordo” en manos de los aragoneses?

El desánimo empezó a cundir a partir de la noche de la tercera feria, como se denominaba en muchos lugares al martes, después de tres días de permanente acecho sobre los herejes sin sacar provecho alguno de ello.

A ello contribuyó un suceso acaecido por la mañana, siendo precisamente Ferdinand su protagonista. Mientras se encontraba en su turno de vigilancia del camino de acceso a la granja, sorprendió a un grupo de chiquillos que aparentemente le espiaban, no sabía si como parte de un juego o porque sospecharan algo. Los pequeños se dieron a la fuga entre risas.

Aparte de la mortificación que supuso para el veterano que unos críos le hubiesen burlado así, sin ser capaz de detectarlos hasta tenerlos delante de sus narices, el caso significó un nuevo motivo de preocupación. Habían visto sin duda la ballesta que portaba, ¿informarían a sus padres?, ¿estos les creerían?

Preguntando a los hijos más pequeños de Arnaut, se pudo deducir que se trataba de sus amiguitos, con los que no habían podido jugar aquellos últimos días debido a la prohibición de salir de la granja. Era probable que los vecinos empezasen a sospechar que algo extraño pasaba en el apartado caserío. A partir del suceso, el vigilante de turno en la granja puso máximo empeño en estar aún más atento y procurar permanecer en todo momento escondido.

Aquella misma tarde, Pierrot tuvo guardia en el mirador de Foix junto a su habitual pareja, el

viejo Charles. Habían estado jugando un buen rato con el ajedrez del joven, alargando de vez en cuando el cuello para echar un vistazo al castillo y a la ciudad, y ahora, ya cansados, el Flambó se dedicaba a vigilar más atentamente mientras su compañero reposaba tumbado sobre la esterilla.

El tiempo era fresco y, a pesar del bello ocaso, el cielo, en su mayor parte, estaba muy encapotado, en verdad amenazaba una buena tormenta.

Pierrot podía distinguir claramente la figura de los centinelas que hacían guardia. Nada fuera de lo habitual a esas horas, uno sobre la torre del homenaje y otro paseando por el adarve de la muralla y, como en algunas ocasiones, luciendo ambos el manto negro de la Orden del Hospital.

Entonces hizo su aparición en la azotea de la torre principal un nuevo personaje. Envuelto en un manto oscuro, se aproximó al centinela, con quien pareció cambiar unas palabras, para inmediatamente después encaramarse en una de las almenas que daban a poniente, y sentarse allí de una forma peculiar: se puso de rodillas y luego dio la sensación de que se dejaba caer sobre sus talones. El joven pensó que se trataba de una postura complicada, al menos para él. Finalmente retiró hacia atrás la capucha de su barragán dejando expuesta al viento una abundante y negra cabellera.

A pesar de la distancia, dedujo por sus características que podía tratarse de la bruja, la sacerdotisa pagana que acompañaba a los herejes. Había puesto sus brazos en cruz y orientado para mirar directamente al Sol, apunto de ocultarse tras Saint Sauveur. En ese momento el astro rey estaba prácticamente detrás de Pierrot, por lo que éste, por un instante creyó que la hechicera le estaba observando y quizás también enviándole alguna clase de sortilegio, le entro cierta desazón.

Agarró la ballesta y apunto cuidadosamente, imaginando que disparaba y la alcanzaba. Era imposible, puesto que la distancia que les separaba se debía aproximar al triple del alcance de su arma, pero ¿habría sido capaz de descargarla sobre su enemiga, aparentemente indefensa? Sabía que no, a pesar del miedo que le podía inspirar aquel maléfico agente de lo sobrenatural, varias razones se lo impedían. Por un lado, la misma ética caballeresca que su tío el Conde le había inculcado desde la infancia, se lo hacía concebir como un acto intolerable, por otro, su conciencia cristiana también se lo presentaba como algo abominable. Pensó que ni siquiera un pavoroso terror podría justificar matar a aquella desconocida a sangre fría.

Además el personaje le intrigaba especialmente. Se preguntaba si la versión que sobre este tipo de personas daba la Iglesia Católica, era real o sólo un embuste más, como los ya por él detectados a partir de los acontecimientos de los que últimamente había sido testigo. Deseaba conocer algo más sobre el credo que profesaban aquellos llamados paganos, ¿en verdad adoraban al demonio, al señor de la oscuridad, al enemigo de Dios? Su sentido común le decía que nadie podía ser tan tonto como para venerar a un ser tenebroso, enemistándose por ello con otro superior, creador de todo por definición, incluido aquel, pero ¿quién sabe?, tal vez fuera cierto.

Un aparatoso relámpago a su derecha, le sacó repentinamente de sus reflexiones. Aguardó el trueno con sospecha de que iba a ser formidable y... se quedó corto, el estruendo, que no se hizo esperar, le dejó aturdido, sin duda había caído muy cerca. Por un momento, su mente se vio turbada por confusas ideas irracionales “¿podía tener algo que ver ella?” Levantó la vista, la mujer ya se bajaba de la almena y un instante después se iba de la azotea.

Cayeron primero cuatro goterones y después cientos, llovía a cántaros. Pierrot y Charles aguantaron estoicamente lo que calcularon como media hora, pero viendo que aquello no amainaba, estaban ya empapados e incluso la visibilidad del castillo era dificultosa, optaron por suspender el servicio y regresar a la granja, llevándose consigo casi todo el equipo.

Llegados allí, el capitán opinó que habían tardado demasiado en tomar esa acertada decisión y, por supuesto, el siguiente turno también se quedó en la granja. Es más, no se pudo reactivar el servicio de vigilancia en toda la noche, diluviaba. Algunos se sentían afortunados de disfrutar del relativo confort que ofrecía aquel edificio que, goteras aparte, demostró tener una buena cubierta, y se acordaban de sus compañeros de la mesnada, probablemente vivacando en un campamento de circunstancias en su camino hacia Muret. Ni qué decir tiene que durmieron todos juntos en la vivienda.

Al día siguiente amaneció despejado y, aunque el suelo estaba realmente embarrado, se reanudaron todas las actividades incluyendo la vigilancia.

Un nuevo incidente, acaecido a media mañana, vino a complicar más las cosas a los cruzados.

El centinela del camino, esta vez Paul, detectó, afortunadamente a tiempo, la llegada de varios labriegos, hombres, mujeres y niños, con evidente intención de entrar en la hacienda. El primogénito del Conde Flambó dio la voz de alarma, y rápidamente anfitriones y huéspedes, según el plan previsto, dejaron sus quehaceres y se dispusieron frenéticamente a levantar la coartada de la falsa enfermedad.

Mientras algunos de los católicos preparaban adecuadamente a los tres pequeños “afectados” por la extraña fiebre, otros aprestaban sus armas, sobre todo ballestas y arcos, antes de esconderse y el resto procedía a ocultar a los caballos en el bosquecillo próximo.

Entretanto, el padre y la madre, acompañados por Ibeloki y vigilados de lejos por Ferdinand y Paul, salían al paso de los inoportunos visitantes, con intención de disuadirles para que se marchasen, o al menos ganar tiempo.

Los granjeros, en un principio, rechazaron cortésmente la ayuda que venían a ofrecer sus vecinos, siete u ocho personas en total, pero ante la insistencia de éstos y el empecinamiento de aquellos, la conversación derivó casi en bronca. Los lugareños empezaron a confirmar sus sospechas ante los disparatados argumentos de Arnaut, el nerviosismo de la pareja cuando tuvo que negar rotundamente lo que los niños volvían ahora a comentar a sus padres, la presencia de un balletero merodeando la granja, y, para colmo, el curioso acento norteño del chaval moreno supuestamente mudo y que decían ser un familiar venido de Hispania, tratando de intervenir en la polémica. Por vez primera, Ibeloki había metido la pata hasta el corvejón.

Finalmente optaron por marcharse aparentemente enojados, pero íntimamente convencidos de que algo extraño sucedía en la granja y con certeza no era producto de una enfermedad.

Por el camino de vuelta, alguno de ellos expuso la hipótesis más probable, les mantenía secuestrados una banda de malhechores. No tardaron los demás en darle la razón, debían poner el caso en conocimiento de las autoridades...

Pasada la alarma en el caserío, las aguas volvieron a su cauce, pero en la asamblea que inmediatamente tuvieron los caballeros, y después de escuchar las versiones de los granjeros y de Ibeloki, todos estuvieron de acuerdo, su situación estaba muy comprometida. Sin duda los moradores del valle tenían indicios suficientes como para denunciar ante las autoridades el caso.

El resto del día no se produjeron más novedades, y al llegar la noche, tras la cena, se reunieron de nuevo los guerreros, faltando sólo los dos de guardia en el mirador y el centinela del camino. El ambiente en general era pesimista y a todos les pareció bien la propuesta del Mariscal, previamente consensuada con el templario y con Bernard, consistente en darse un plazo de dos días para abandonar la granja. Si a la puesta de Sol del próximo viernes, o sexta feria, la situación en torno al castillo y en lo que respecta a los herejes seguía siendo la misma, y tampoco habían llegado refuerzos del Conde o de la hueste católica, suspenderían la vigilancia de Foix, partiendo sin más tardanza al día siguiente en busca de los suyos.

Aunque tampoco resultaba fácil planificar ese movimiento de repliegue. Si el ejército cruzado había conseguido romper el cerco de Muret para refugiarse tras sus muros, quedando a continuación sitiado por las tropas del Rey Pedro, ¿hacia dónde habrían de dirigir sus pasos?

Intentar cruzar otra vez las líneas de los aragoneses para entrar en la fortaleza, era una locura además de una tontería. Una locura porque sin duda no se lo iban a poner tan fácil como cuando forzaron el puente sobre el Garona la semana anterior, y una tontería porque la ayuda que podía suponer para los defensores de la plaza aquellas diez espadas era insignificante.

Si, por el contrario, la hueste de Simón de Montfort no había entrado todavía en Muret, tendrían que buscar a su mesnada donde quiera que ésta se encontrase en aquellos momentos para unirse a ella.

Podía llegar a ser muy complicado enlazar con sus compañeros si estos habían decidido replegarse ante la superioridad numérica de los enemigos o bien hubiesen sido ya derrotados por ellos.

En estos casos más desfavorables, deberían procurar retirarse hacia la plaza de Castelnaudary, como primer paso del viaje de regreso a casa.

Nada ocurrió en la mañana del jueves, de manera que continuaron con su rutina habitual, cuidados de los caballos, entrenamientos militares y vigilancia intensiva. Eso sí, extremaron ésta

última para no verse sorprendidos.

El peligro podía venir desde dos direcciones: por la pista que llegaba del valle, o bien por la senda que, partiendo de Foix, subía hasta la ermita de Saint Sauveur, situada a media ladera de la loma del mismo nombre, y hacia la izquierda del mirador de los cruzados. Era ese el atajo normalmente usado por Arnaut cuando iba a pie en dirección a la villa, y lo venía a cubrir en cosa de una hora.

Atendiendo bien esos caminos, uno la pareja del mirador y el otro el guardián de la granja, podía anticiparse con mucha antelación la llegada de cualquier grupo y tener tiempo para, dependiendo de la actitud y entidad de los visitantes, obrar en consecuencia, desde montar la farsa proyectada, a preparar la defensa de la granja, pasando por la huída a toda presteza.

Es por este motivo, y también porque no veían probable un ataque por parte de la guarnición o de los herejes, el que decidieran no variar el plazo de su partida. Más aún, la posibilidad de que sus enemigos destacasen una fuerza importante desde el castillo con objeto de batirles y ellos fuesen capaces de percatarse con el tiempo suficiente, abría una puerta a la aplicación por sorpresa de una de las estratagemas concebidas por Ferdinand, dar un golpe de mano contra la indefensa villa.

Tal como conjeturaban, los moradores volvieron a la carga de nuevo por la tarde. Esta vez venían por la senda de la ermita, es decir por la cara del monte que daba a la ciudad y al castillo. La pareja de guardia los vio cuando ya casi coronaban el cerro y Marie, que cubría el turno con su hermano, tuvo que darse una buena carrera para llevar a tiempo el aviso a sus compañeros, sin olvidar llevarse una de las ballestas por si se hacía más necesaria su utilización abajo en la hacienda. Mientras, Paul se camuflaba en el espeso seto que les servía de cobijo.

La muchacha comunicó que esta vez el grupo era más numeroso, unas doce personas, en él no venían niños y sólo dos mujeres, entre el resto se podían contar cuatro monjes benedictinos del monasterio y dos hombres de armas. El asunto era mucho más serio que el de la víspera.

Dada la voz de alarma, la gente volvió a emplearse a fondo en preparar la comedia, pues el capitán consideró oportuno jugar esa baza en lugar de las otras. Supuso que la misión de los benedictinos, entre los que seguramente subía su monje enfermero, era verificar la enfermedad de los pequeños, lo que demostraba que aún daban por buena la versión de los granjeros.

Gracias al ensayo del día anterior la preparación fue vertiginosa, y cuando a poco llegaron los visitantes, todo estaba ultimado y el matrimonio los aguardaba, esta vez con la consigna de invitarlos a pasar.

“Bicho” no había contado bien, catorce vecinos sumaba aquel grupo y además muchos de ellos armados, algunos simples rústicos con hachas o bastones, pero dos eran ballesteros profesionales del monasterio.

Avanzaron todos juntos hacia la vivienda de los vaqueros, manteniéndose en la máxima alerta y tensión, avizorando en todas direcciones, como si temiesen una sorpresa. Sin duda más de uno se iba percatando de ciertos detalles inexplicables en el entorno, como tantas huellas de herradura o las boñigas de caballo, indicios que los cruzados no habían tenido la precaución de disimular.

No se separaron hasta alcanzar la puerta de la vivienda. Allí, tras Arnaut y su esposa, estaba el abuelo, bien aleccionado y haciendo esfuerzos por no meter la pata. En el interior aguardaban los dos pequeños y una de las muchachas en el papel de enfermos, mientras la otra chiquilla aparentaba estar a su cuidado. Pero al hijo mayor, sobre el que los cruzados tenían serias dudas de que fuese a colaborar, le mantenían escondido en el bosque, junto con los caballos, las mulas y el perro, y bajo la custodia de Jacques, el capellán y los dos criados.

Al interior del edificio, acompañando al matrimonio, sólo se atrevieron a entrar los cuatro monjes, de los cuales uno era el visitador y otro el enfermero. Los demás, sustituido su miedo hacia los malhechores por el terror que les producía la verosímil y desconocida enfermedad, se ampararon en el derecho a la intimidad de sus vecinos para quedarse fuera.

Entretanto, los dos hombres de armas del Abad quisieron echar un vistazo en los establos, aprisco, pocilga y cobertizos. Otros dos campesinos de los armados decidieron sumarse a ellos para colaborar en las pesquisas. Era indudable que si entraban en cualquiera de estas cabañas o chozas descubrirían todo el pastel. Naturalmente, ni estaba previsto ni habrían tenido tiempo suficiente para cambiar de sitio los elementos de sus equipos militares allí guardados, sillas de montar, armas, armaduras, arneses y escudos, apilados en el interior de aquellas.

Por ello, Rimont, tumbado sobre el tejado del establo más grande, no dudo en erguirse y, mostrando su ballesta, amenazarles de muerte si daban un paso más. Los cuatro hombres, sobresaltados por la inesperada y repentina aparición, corrieron hacia el cercano aprisco para ponerse a cubierto tras él. Desde allí, los dos ballesteros apuntaron a Rimont con ánimo de hacerle frente, pero inmediatamente se encontraron con que Ferdinand, oculto en ese lugar y ya al tanto de lo que estaba pasando, surgía de su interior amenazándoles también con otra ballesta.

En un instante se desencadenó el caos, hubo gritos, uno de los guerreros del monasterio disparó su arma sin apuntar sobre la nueva amenaza y salió corriendo en dirección a la vivienda, yendo tras él los otros dos campesinos. El Mariscal, que había sentido pasar muy cerca el lance, se esforzó en controlar su miedo y su furia para no disparar a los fugitivos por la espalda. Mientras, el segundo balletero optaba por refugiarse dentro del aprisco y atrancar la puerta por dentro.

Ante las voces y carreras que se sucedían, los cuatro monjes habían salido al exterior de la casa sin terminar la exploración de los enfermos, y allí se unieron a los que aguardaban y a los que venían escapando. Los lugareños cayeron de inmediato en la cuenta de que sus sospechas eran ciertas, aquello era un nido de bandidos y la enfermedad de los críos una tapadera.

Los cruzados fueron saliendo de sus diferentes escondrijos. Adrien y Bernard con sendas hachas en sus manos, Richart con la otra ballesta, Pierrot con un machete,... Los labriegos, los monjes y el balletero, al sentirse en peligro, escaparon despavoridos en dirección al camino del valle. El sargento mercenario les apuntó y, sin hacerse ningún tipo de reflexión, disparó contra ellos su arma fallando por fortuna el blanco. El templario descargó automáticamente su puño sobre la cabeza de Richart al tiempo que le vociferaba:

- ¡NO NOS JODAS, CRETINO!

- ¿Pero qué coño...?- respondió el sargento revolviéndose contra Adrien y amenazando darle en la cabeza con su ballesta- ¿Para qué cojones las llevamos entonces?

Éste, ignorándole, se adelantó unos pasos para increpar ahora a los aterrorizados visitantes que corrían con todas sus ganas en busca del sendero:

- ¡ALTO! ¡DETENEOS! ¡NO OS QUEREMOS HACER DAÑO!

Nadie se detuvo a escucharle, bien al contrario, se apresuraban en huir a través del prado a la máxima velocidad de que cada uno era capaz, dejando los hombres atrás a las mujeres y éstas al monje más obeso. Estaban convencidos de que sus vidas peligraban, más aún después de oír el inconfundible chasquido de una ballesta a sus espaldas.

La aparición de Charles delante de ellos cerrándoles el camino de fuga y con otra de esas armas en sus manos, acabó por enloquecerlos al sentirse perdidos. El viejo cumplía en ese momento su turno de vigilancia en la pista y, aunque estaba al corriente de la alarma en la granja, ignoraba completamente porqué corrían a escabullirse aquellos labriegos y monjes. No obstante, tuvo la calma necesaria como para evaluar la situación cabalmente y darse cuenta de que casi todos ellos eran inofensivos, hasta los que portaban armas, incluido el balletero que no se distinguía de los demás en la forma de escurrir el bulto. Optó por no dispararles y, en lugar de ello, se preocupó de capturar a uno de los que parecían más torpes, un grueso monje ya entrado en años que venía el último. Le pudo agarrar y derribar fácilmente, dejándole allí retenido.

Ferdinand, que ya se había sumado al grupo de perseguidores dejando al cuidado del hombre encerrado en el aprisco a Marie y a Rimont, gritaba al templario:

-¡FRAY ADRIEN! ¡NO DEJÉIS QUE SE VAYAN ASÍ, NO PODEMOS PERMITIR QUE NOS TOMEN POR FORAJIDOS! No nos conviene ya ello.

Pero era inútil todo esfuerzo por intentar que se detuvieran por las buenas, cuanto más se les acercaban los cruzados, tanto más se esforzaban por escapar huyendo ahora en varias direcciones y haciendo vanos los descoordinados esfuerzos de Adrien, Bernard y Pierrot que dudaban sobre si debían atraparlos por las bravas o no. Y mientras, el sargento, irritado por el “toque” del monje guerrero, contemplaba divertido la grotesca escena, sin intervenir pero jaleando chuscamente a sus camaradas.

Viendo Adrien que uno de los más próximos a él parecía detenerse, pudo comprobar que aquel hombre, desesperado, agotado y armado con un hacha, en realidad se paraba para vender cara su vida.

El templario miró al capitán, éste le indicó con un gesto que no merecía la pena y comprendieron ambos que estaban de acuerdo, debían cambiar de táctica, dejar huir a los paisanos

y contentarse con los dos prisioneros. A estos habría que convencer de la realidad de su condición de caballeros, antes de dejarles sueltos. Indicaron a los otros tres cruzados, a punto uno de pillar a alguien, que cesaran inmediatamente en la persecución.

Los aldeanos y monjes continuaron huyendo todavía un trecho, a pesar de saberse ya no acosados, pero terminaron por detenerse en el camino del valle, donde se fueron reagrupando al tiempo que tomaban aliento.

Al Mariscal y al templario, que les observaban desde la granja, les pareció que deliberaban sobre los acontecimientos y echaban cuentas de la falta de dos de ellos. Poco después se pudo ver como unos cuantos partían camino adelante, en dirección a Foix por la vía que rodeaba Saint Sauveur, con la intención evidente de buscar ayuda, mientras el resto quedaba allí a la espera, el ballestero aprovechaba para cargar de nuevo su arma.

El monje inmovilizado por Charles fue ayudado a incorporarse e incluso alguno le sacudió sus ropas como muestra de deferencia. Adrien y los cruzados que estaban con él, trataban de mostrarse todo lo corteses posible con el prisionero y se esforzaban en hacerle comprender que no eran bandidos ni nada por el estilo, sino caballeros francos de la hueste de Simón de Montfort, cruzados al servicio de la Iglesia Católica. El monje templario encontró superfluo y poco prudente revelar su condición de tal.

La historia que le contaban, suponiendo que fuera cierta, no ayudaba a serenar los ánimos del pobre clérigo, pues éste no sabía qué era peor, si unos malhechores sin escrúpulos o los asesinos venidos del Norte a saquear y matar utilizando como coartada el nombre del Papa y la pureza de la Fe.

Entretanto, Ferdinand regresó a la granja para intentar desalojar del aprisco, a ser posible por las buenas, al ballestero allí encerrado. Marie y Rimont rodeaban la cabaña. El guerrero a sueldo del monasterio había atrancando la puerta con alguna horca y no hacía ningún caso de las “amables” invitaciones de los dos jóvenes para que saliera y se entregara. Ahora también lo intentó el capitán, pero el sujeto no entraba en razones, temía por su vida. Hubiera sido fácil derribar la frágil puerta, pero se recelaba que el probable disparo de su ballesta alcanzase al primero en entrar.

Llegaron los otros cruzados con el monje capturado, y se convenció a éste para que hablase con su compañero. Y así lo hizo, titubeante y todavía asustado, sin mucha confianza en la certeza de sus palabras.

Pero se decidió por fin el ballestero a desatancar la puerta, escuchándose previamente la descarga de su ballesta en vacío, condición indispensable que le puso Ferdinand. Salió con sus brazos en cruz y el arma suspendida del cinturón.

El Mariscal, una vez tuvo a aquellos dos hombres bajo custodia, procedió a explicarles que en absoluto eran malhechores, sino buenos caballeros cristianos. El monje y el soldado le atendían con manifiesta incredulidad, la boca entreabierta, ojos inquietos y cierto temblor de miembros, imaginando probablemente las atrocidades que podían ser capaces de hacerles aquellos energúmenos disfrazados con piel de buenos cristianos que tenían en torno, en especial el pelirrojo con cara de sádico.

El capitán, intuyendo que aquellos dos hombres no acababan de persuadirse de la verdad de sus palabras, indicó a varios de los cruzados que fueran a por algunos de sus instrumentos de trabajo, como espadas, lanzas fornidas con el gonfalon, o escudos con su bella decoración, es decir, armas que no podían ser las de un bandido cualquiera y que procedió a mostrarles para que se hicieran cargo de que hablaba en serio, eran caballeros católicos.

Los dos retenidos vieron confirmados sus temores, se trataba efectivamente de una avanzadilla de las tropas francas, y ello les consternaba casi tanto como si hubieran sido simples bandidos.

La sombría fama de los cruzados de Simón de Montfort les precedía a donde quiera que fuesen, inquietando el espíritu no solo de los herejes, sino también de los católicos de base, como era el caso. En los cuatro años que llevaban reprimiendo en el Languedoc el movimiento herético de los “Buenos Hombres”, “Apóstoles de Satán” preferían llamarles ellos, habían sembrado de cadáveres el país, siendo la mayor parte de las víctimas personas absolutamente inocentes, entiéndase cristianos fieles a Roma, puesto que en muchas ocasiones era imposible diferenciar entre herejes y ortodoxos por estar tan profusamente mezclados.

En ese sentido la palma se la llevó su entrada en la villa de Béziers, donde el Arzobispo de Narbona, Arnaut Amaury, legado del Papa para la hueste católica, había dado su célebre proclama: Cuando se dio orden de pasar a cuchillo a todos los herejes de la ciudad, le preguntaron cómo se podía distinguir a los malos de los buenos y aquel contestó lacónicamente: “Matadlos a todos, Dios reconocerá a sus corderos”. Resultado, la práctica totalidad de los habitantes, hombres, mujeres y niños, alrededor de seis mil personas, fueron masacradas, tratándose en su mayoría de católicos, mientras que el resto ni siquiera tendría conciencia de no serlo.

Con este antecedente y otros todavía peores, aquellos dos hombres no tenían motivos para aplaudir el haber sido capturados por unos “buenos caballeros cristianos”.

Por otro lado, la herejía había penetrado en el tejido social hasta el punto de que en algunos centros monásticos era difícil distinguir entre la ortodoxia católica y la heterodoxia de los cátaros. Y éste era el caso de Saint Voulois, en principio un centro benedictino, pero infestado ampliamente por la herejía, donde incluso se alojaban con cierta regularidad obispos de esa secta.

He aquí una de las razones por las que Ferdinand no había confiado al Abad de esa congregación el mensaje destinado al Conde Flambó sobre los movimientos y ubicación del grupo de cruzados, y sí escogido en su lugar al superior de un monasterio cisterciense mucho más lejano, Boulbonne.

El Mariscal terminó su exposición haciendo comparecer a Arnaut delante de los dos hombres:

- ¡Decid a estos vecinos vuestros si os tenemos secuestrados por la fuerza, si estamos aquí viviendo a vuestra costa, o, más bien, hemos llegado a un pacto acordando nuestro alojamiento y manutención por un precio justo!- dijo el caballero mientras mantenía al campesino agarrado, pasándole su poderoso brazo por encima del hombro.

Éste miró al monje y al balletero, después a su secuestrador, y no se decidió a pronunciar palabra. Notó como el brazo del guerrero le iba estrechando sutilmente contra sí, mientras su mano le apretaba el hombro como si fuera una garra:

- ¡Decid!- le acució Ferdinand.

La situación era ciertamente embarazosa para el granjero. Reconocer que se avenía a un negocio con los invasores francos delante de sus convecinos era grave, desmentirlo en ese momento, podía costarle la vida.

- ¡Sí!... ¡es verdad! ¡Han dicho que no nos van a matar... que nos van a pagar lo que consuman y que no están aquí para hacer daño a nadie de Foix!

El Mariscal, sorprendido por la ambigüedad de la respuesta, giró la cabeza hacia el pequeño Arnaut pensando en lo ladino que se mostraba aquel bribón. “Esa no era la respuesta acordada”. Pero comprendió que el campesino se veía obligado a cubrirse las espaldas pensando en el futuro, así que no se molestó en hacerle rectificar.

Tras aquella última confirmación, el capitán, de acuerdo con el templario, dejó marchar libremente a los dos hombres del monasterio, el monje y el balletero.

Habían estado no más de una hora en poder de los cruzados y algunos de sus compañeros aún les aguardaban allá lejos, en el camino del valle, desde donde todavía podían vislumbrar la granja antes de que los árboles se lo impidiesen por completo. Poco después, pudieron comprobar los cruzados con qué entusiasmo eran recibidos ambos y como, tras una breve plática en la que contarían lo que habían visto y oído, bajaban todos juntos camino de Foix desapareciendo de sus vistas. Para ese momento ya empezaba a anochecer.

En la reunión que, salvo los tres centinelas de servicio, Adrien y Richart en el mirador, y Pierrot en el camino, tuvieron el resto de caballeros y escuderos más el capellán al acabar de cenar, se alzaron varias voces discrepantes con la tesis del capitán. Deseaban que se suspendiese de una vez la estéril vigilancia de Foix, tanto como el inútil compás de espera en la granja. Las cosas se estaban poniendo muy feas para ellos pues a esas horas todo el valle debía conocer su presencia o estar a punto de ello. Y ahí estaban incluidos el Abad y la gente del castillo, su guarnición y sus huéspedes. Para algunos, la posibilidad de sufrir un ataque en toda regla era muy probable.

Los que con más ardor defendían esta postura eran Bernard, Paul y el padre Johannes. Se les notaba francamente asustados por mucho que quisiesen disimularlo.

Ferdinand, empleando la lógica, trató de infundirles ánimos. No estaba tan clara la amenaza.

¿Quién iba a venir contra ellos?, ¿los diez o veinte hombres, no más, que habrían quedado como única guarnición en el castillo a falta del Conde de Foix y su mesnada? Sería un disparate, ¿dejarían indefensa la fortaleza para acudir a enfrentarse contra un enemigo cuya entidad desconocían por completo?, los visitantes de la tarde no podían haberse hecho cargo de su número exacto.

¿Los pocos hombres de armas que tuviera el Abad a su servicio o el puñado de “oficiales” que guardasen la villa, al frente de una turba de labriegos armados de palos y piedras? Inconcebible toda vez que entendían ya que no se trataba de una banda de simples malhechores, sino de caballeros bien armados y adiestrados.

¿Los treinta o cuarenta guerreros que escoltaban a los herejes? Teniendo en cuenta que la mayoría de ellos eran monjes hospitalarios y sus auxiliares, y que esa Orden militar se había proclamado absolutamente neutral en aquella guerra de represión de una herejía, no era de recibo que cargasen contra los caballeros católicos de la Cruzada, excepto en un caso de defensa propia. Y en cuanto a los caballeros seglares catalanes y aragoneses de esa escolta, Ferdinand descartaba por completo que se embarcasen en solitario en esa descabellada empresa.

Quedaban por último los caballeros herejes de Almir. Estos últimos sí que arderían en deseos de vengarse de los verdugos de sus familiares y amigos, pero eran sólo cinco y pesaba sobre ellos la responsabilidad de proteger sus preciadísimos tesoros.

Descartados todos los hombres de armas que pudiese haber en el valle, solo cabía la posibilidad de una reacción popular masiva, y esa era la más disparatada de las suposiciones.

Los argumentos del Mariscal se manifestaban muy razonables y apaciguaron a los más nerviosos, pero cuando aquel, entusiasmado por sus propias reflexiones, propuso incluso alargar la estancia en la granja más allá del plazo previsto, todos los presentes mostraron en mayor o menor grado su oposición.

A la mayoría les parecía una infecunda pérdida de tiempo, estaban aburridos con tanto servicio de vigilancia, agotados por la irregularidad del descanso nocturno, hastiados de la dieta vegetariana... Por otro lado, señalaban que las reservas de víveres de la granja no eran ilimitadas, sino que menguaban alarmantemente después de seis días alimentando a catorce personas de apetito insaciable, aparte de las ocho habituales, sin contar lo que devoraban los treinta y seis caballos y mulas más el perro, y todo el ganado de la hacienda.

También hubo quien insinuó la posibilidad de que las autoridades de Foix hiciesen llegar un mensaje a su Conde, y éste enviase algún destacamento de caballeros con la consigna de desalojar a los cruzados de la granja y del territorio. No se necesitaban más de cuarenta y ocho horas para que esa hipotética amenaza se materializase.

Ferdinand, tan harto de las guardias como el resto de sus subordinados y compañeros, y conocedor de que los inconvenientes esgrimidos por algunos, eran de peso, aceptó seguir con el calendario establecido. Les restaban, por tanto, veinticuatro horas más de vigilancia y después otra noche de estancia para abandonar aquel lugar.

A todo esto, en la Abadía de Saint Voulois, en la villa de Foix y en el castillo condal, se vivían horas de incertidumbre. La noticia de que tenían al enemigo a las puertas de casa, corría de boca en boca produciendo gran revuelo entre los vecinos. La granja del boyero Arnaut estaba ocupada según parecía por guerreros del sanguinario Simón de Montfort. Cuántos de ellos no se sabía, se barajaban diversas cantidades según los testigos, pero éstas no bajaban de diez sujetos para los más optimistas y objetivos, aunque otros hablaban de cincuenta o cien.

Un grupo de hombres de armas del monasterio y algunos voluntarios, que había sido constituido al llegar los primeros moradores pidiendo ayuda con el fin de marchar sobre la granja, fue disuelto en cuanto se supo, al regresar el resto, que no eran unos pocos forajidos los secuestradores, sino caballeros de la infame cruzada. El asunto parecía lo suficientemente grave como para ponerlo en conocimiento de la autoridad militar del castillo y que fuera ella quien resolviera la papeleta.

Por supuesto el alcaide en funciones, nada más conocer la noticia, parlamentó con el representante del Abad y con las autoridades de la villa, también con los capitanes de la gente alojada en la fortaleza, es decir el Conde de Almir, los magnates de la escolta catalano-aragonesa y el comandante de los hospitalarios, llegando al consenso de que lo más prudente era mantenerse a

la espera, reforzando al máximo la vigilancia de la cerca de Foix y del castillo, así como el despachar inmediatamente un correo hacia Muret para dar cuenta del suceso a su Conde.

* * *
